



SERVICIO SECRETO

"OPERACION KASBAH"

FRANK CAUDET



Las calles olían mal.

A mezcla de escombros, orín, excrementos, animales muertos en estado de descomposición y toda clase de porquerías no imaginables.

El ambiente de aquel barrio misterioso, sombrío y mezquino, último baluarte de una civilización que en su mismo cénit encontrara el ocaso, era denso y agobiante como doscientos años atrás.

La vida de aquellos seres podía decirse que seguía igual.

La lucha por la subsistencia seguía siendo tan primitiva como entonces. Frankie McCasland giró la cabeza levantando los ojos hacia el «Mirador de Europa».



Frank Caudett

Operación Kasbah

Bolsilibros - Servicio Secreto - 854

McCasland - 1

ePub r1.0

Lds 02.15.17

Título original: *Operación Kasbah*

Frank Caudett, 1966

Cubierta: Antonio Bosch

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





FRANK CAUDETT

“OPERACIÓN KASBAH”

SERVICIO SECRETO n° 854
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO



SOHORA BEN
ABSELAM

FRANKIE
MC. CASLAND

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Prólogo

RIO DE JANEIRO, 6 setiembre de 1965; 21:42

João Gonçalves extrajo su estilográfica del bolsillo interior de la chaqueta.

Le quitó el capuchón, oprimió ligeramente la flecha de engarce y acercó éste a sus labios.

Dijo:

—Positivo a 000, positivo a 000, ¿me oye? Cambio.

Unos segundos de silencio. Luego, del interior del capuchón brotó una voz queda pero perfectamente audible:

—000 a positivo, 000 a positivo, le oigo. Son las 21:42. ¡Adelante *Operación Kasbah*!

Gonçalves colocó el capuchón a la estilográfica, guardándola en el bolsillo.

Dio un vistazo al imponente «Chevrolet» que aguardaba silencioso a pocos pasos y se encaminó hacia él.

Dejó el portafolios negro encima del asiento y se acomodó en el interior del vehículo.

No se cruzaron palabras entre el chofer y él.

Al momento, el vehículo se puso en marcha, lanzándose por la Rua Primeiro de Março a una velocidad más que regular.

Gonçalves, inclinada la cabeza hasta casi rozar la barbilla con el pecho, pareció hundirse en profundos pensamientos sin prestar atención a lo que ocurría al otro lado de las ventanillas.

Apenas si vio de reojo el imponente obelisco de la Praga Expedicionarios cuando se internaban por la Avenida del Presidente Antonio Carlos para torcer, casi al instante, por la Franklin D. Roosevelt.

Poco después, por la General Justo Av., el «Chevrolet» parecía

volar en busca del Aeroporto Santos Dumont.

Las luces del aeropuerto, cada vez más cercanas, parecieron sacar a Gonçalves de su abstracción.

—¿Ya llegamos? —preguntó al conductor.

—En cinco minutos —respondió éste, sin apartar la mirada de la negra cinta de asfalto.

En efecto, cinco minutos después se introducían por la zona de aparcamientos del iluminado aeropuerto.

Se detuvo el auto sin hacer sus llantas el más leve gemido.

João Gonçalves Días, tomando cuidadosamente el portafolios, descendió a través de la portezuela que el chofer mantenía abierta.

—Buen viaje, señor.

El otro inclinó la cabeza en señal de despedida sin pronunciar una sola frase.

Si en aquel instante hubiese vuelto la vista atrás y sorprendido la extraña mirada que el conductor le dirigía, es probable que hubiera comprendido que sus segundos de vida estaban contados.

Pero caminó hacia adelante con pasos medidos y seguros sin girar la cabeza una sola vez.

Pisaba uno de los sectores de reparación, vecino a la primera pista de aterrizaje, frente a la que se abría una rampa monumental.

Veinte yardas le separaban de ella.

Un individuo enfundado en una recubierta de caucho azul y blanco salió a recibirle en la entrada de la rampa.

—Todo está dispuesto —anunció escuetamente. João Gonçalves asintió con la cabeza.

Al fondo, en una especie de hangar, veíase un reactor cuyas turbinas empezaban a ponerse en funcionamiento.

Por el otro extremo, una rampa menos elevada desembocaba sobre la segunda pista de vuelo y hacia ella, lentamente, enfilaba su proa el reactor.

El hombre del portafolios negro se detuvo a pocos pasos del aparato. El de azul y blanco le rebasó por la izquierda gritando unas palabras al que maniobraba en la carlinga.

Cuando Gonçalves vino a darse cuenta de que aquellos hombres habían intercambiado las frases en idioma extranjero, cuando una débil lucecita de alarma brilló en su cerebro advirtiéndole lo que aquello significaba, ya era tarde.

Tres hombres le estaban apuntando con tres sombrías automáticas. Y las tres llevaban enroscados al cañón tubos silenciadores.

João Gonçalves Días miró hacia atrás instintivamente.

Allí, a su espalda, encontró la maligna mirada del chofer. La dura sonrisa de sus labios finos y el negro ojo de la cuarta automática.

—¿Qué significa esto? —preguntó tratando de aparentar una serenidad que no sentía.

No fue ninguno de los cuatro hombres armados quien respondió a su pregunta.

—Significa que no irá usted a Tángier.

Los ojos de Gonçalves, al torcer a la izquierda en busca del que había hablado, alcanzaron un tamaño inusitado.

No podía creer lo que estaba viendo.

¡Era imposible! ¿Cómo habían conseguido un parecido tan exacto?

Su mismo rostro con todas las peculiaridades; su misma figura igual en peso que en estatura; su misma ropa... ¡Era él con otro cerebro!

—Para que seamos iguales —habló su doble— me hace falta ese portafolios y su estilográfica. ¿Me los da?

Por instinto, Gonçalves apretó la cartera contra su pecho y, a la vez, trató de extraer la estilográfica.

Sonó una orden. En aquel idioma desconocido. El chofer curvó el dedo sobre el gatillo.

Sonó un taponazo. Otro. Un tercero.

João Gonçalves se contrajo agónicamente. Alzó las manos, trató de aferrarse a la vida, y se rindió a la muerte cayendo de bruces al suelo.

Portafolios y estilográfica le fueron arrebatados al cadáver.

—¡Ya sabéis qué hacer! —gritó el otro João Gonçalves.

—De acuerdo —asintió el chofer—. No quedará rastro de él. El reactor empezó a rugir.

Minutos después, con dos hombres a bordo, ascendía por la rampa lanzándose a la pista como una exhalación Rumbo a Tángier.

Herr Horst Weizsacker consultó la esfera luminosa de su cronómetro.

Oprimió el resorte de la segunda, se detuvo la aguja, y volvió a repetir el movimiento tres veces consecutivas.

Acercó el reloj a su oído. Habló:

—Negativo a 000, negativo a 000, ¿me oye? Cambio.

Unos segundos de silencio. Luego, vibró el cristal, se detuvo nuevamente la segunda y dijo una voz:

—000 a negativo, 000 a negativo, le oigo. Son las 22:37. ¡Adelante *Operación Kasbah*!

Horst Weizsacker aseguró la cadenita que mantenía sujeto el portafolios negro a su muñeca izquierda y se introdujo en el «Mercedes Benz».

—En marcha —dijo lacónico.

Los neumáticos se pegaron al asfalto a medida que el pie del conductor se hundía lentamente sobre el pedal del gas.

Las calles de Berlín, húmedas y silenciosas, eran mudos testigos de la veloz carrera del negro vehículo.

Al enfilar la Machnower Str., el coche pareció convertirse en un bólido de carreras dominado por la mano firme y segura del individuo que accionaba el volante con precisión y maestría.

Sobre dos ruedas tomó un viraje a la izquierda para introducirse en Potsdamer Chausee y por ésta, sin disminuir la velocidad, giró a la derecha en dirección a Cheausee Str.

El pie del conductor soltó el acelerador bruscamente para pisar el freno. Luego tocó el embrague, accionó la palanca de cambio, apretó de nuevo el gas y ascendió como una bala por la trampilla situada en la caja de un enorme camión que se encontraba aparcado, sin luces y en silencio, junto a la acera de la izquierda.

Tan rápida fue la maniobra que el ocupante del vehículo apenas se dio cuenta de lo que había sucedido.

Un segundo frenazo, más brusco que el anterior, le devolvió a la realidad. Saltó hacia adelante balanceándose al chocar con el asiento delantero.

Agitó el puño derecho en el aire.

—¡Te has vuelto loco!

Se cerró la puerta trasera del camión y reinó la oscuridad. Dijo una voz, en tono conminatorio:

—¡No se mueva, *herr* Weizsacker! Le estoy apuntando con una pistola. Brilló la luz de una potente linterna.

—¡*Verrater!*^[1] —gritó el alemán mirando al conductor que también quedaba dentro del cono luminoso.

—Sea comprensivo, *herr* —dijo la misma voz—. Sólo queremos ahorrarle un viaje a Tángen. ¡Queda tan lejos eso!

Se encendió otra lámpara portátil.

El reflejo de la segunda luz cayó de lleno sobre el individuo que encañonaba a Horst Weizsacker.

—¡*Unmöglich!*^[2] —exclamó éste, mirando con ojos desorbitados al de la «German Lugger».

Herr Horts Weizsacker murió en el mismo instante que se preguntaba cómo habían podido «prefabricar» un hombre tan exactamente igual a él.

Y era precisamente aquel hermano gemelo nacido en la oscuridad de un camión quien acababa de segar su vida.

Unas llaves fueron encontradas en el bolsillo del abrigo del cadáver. Las que abrían el cierre de la cadenita que sujetaba el portafolios a su muñeca izquierda.

—Quítale el reloj —dijo el de la pistola.

Cronómetro y portafolios le fueron entregados. Dijo con fría sonrisa:

—Horst Weizsacker sigue su viaje a Tángen.

Al momento, el enorme camión se puso en marcha.

ATENAS, 6 de setiembre de 1965, 22:42

Leoforos Gheorghiou levantó sus ojos al cielo. Fue una muda despedida, un adiós callado a las brillantes estrellas que poblaban el cielo azul de Grecia.

Sacó su pitillera, tanteando en uno de los bolsillos. Lentamente bajó los ojos, suspiró profundamente y pulsó el resorte como si fuese a extraer un cigarrillo.

Como si quisiera hacerlo con los mismos labios. Pero éstos le hablaban al metal.

Así:

—Neutro a 000, neutro a 000, ¿me oye? Cambio.

Unos segundos de silencio. Luego, respondió el misterioso metal:

—000 a neutro, 000 a neutro, le oigo. Son las 22:42. ¡Adelante

Operación Kasbah!

Gheorghiou se llevó un cigarrillo a la boca. Lo encendió en el momento de introducirse en el «Peugeot 404» que se había detenido frente a él silenciosamente.

—Leónidas.

—¿Señor?

—Mi corazón ha empeorado...; de ocurrirme algo, toma este portafolios negro, mi pitillera y corre a la Embajada americana. ¿Has comprendido?

—Perfectamente, señor. Pero no será necesario porque nada va a sucederle.

—Dios te escuche. Ya podemos partir.

Leónidas dio el encendido. Segundos después arrancaba suavemente.

Por Odos Piraios pasó a la Dimofondos manteniendo la misma velocidad, pero al enfocar Villa Akamandos, el «Peugeot» dio un salto hacia adelante y surcó el asfalto a velocidad suicida.

Gimieron las llantas lastimeramente al torcer por Dionyssiou Aeropghaitou camino de las afueras de Atenas.

Gheorghiou consultó su reloj.

—Vamos a la hora, Leónidas, no es necesario que corras tanto.

—Los del aparato corren peligro, señor. Si alguien los ve y siente curiosidad por averiguar lo que hacen allí..., ¿entiende?

—Es posible que tengas razón —asintió el que iba detrás.

No llegó a quince minutos lo que tardaron en avistar un espacio abierto, a la derecha de la carretera, que tenía trazas de pequeño aeropuerto particular.

Al menos, distinguíase con claridad la mole gris de un enorme pájaro de acero y se oían rugir con potencia la totalidad de sus motores.

Leónidas salvó la cuneta con milagrosa habilidad. Serpenteó por entre arbustos y terminó enfilando un desigual sendero que conducía al espacio abierto.

Uno de los pilotos agitó ambas manos en el aire indicando al del auto que se detuviese.

Chirriaron los frenos a la vez que los neumáticos levantaban una espesa columna de humo al pegarse a la tierra.

Leónidas saltó al suelo, abriendo rápidamente la portezuela.

—Cuide su corazón, profesor.

—Lo haré, muchacho —sonrió Leoforos bondadosamente.

Tiró del portafolios, y, con la ayuda del chofer, salió del vehículo.

Empezó a caminar lentamente con la mirada fija en los entrantes y salientes que formaba el terreno. La oscuridad y sus fatigados ojos entorpecían el avance haciéndolo fatigoso.

Alcanzaba las inmediaciones del coloso de los aires cuando una voz metálica preguntó, en tono inexpresivo:

—¿Cree que su corazón va a resistir el vuelo, profesor Gheorghiou? Se volvió sorprendido. Y como no veía a nadie, preguntó a su vez:

—¿Quién me habla?

Una sombra surgió de entre los arbustos para detenerse a dos pasos de él.

—¿Me conoce?

Tan cerca estaban que el esfuerzo realizado por el profesor fue exiguo, si bien su sorpresa, al observar detenidamente al que hablaba, fue extraordinaria.

¿Se estaba mirando en un espejo?

Leoforos Gheorghiou podía tener dormidos algunos sentidos de su cuerpo por razón de la edad, pero su cerebro funcionaba con la misma rapidez que veinte años atrás.

Por eso, en décimas de segundo, comprendió que no era un espejo lo que tenía ante él. Y comprendió al mismo tiempo lo que significaba tropezar con un hombre físicamente exacto a él en aquellas circunstancias.

Sólo la voz y la agilidad les diferenciaba. Pero en el momento en que el otro asumiera su papel, ya que no le cabían dudas de que por eso estaba allí, ni su propia madre, de vivir, los hubiese distinguido.

El profesor no perdió el tiempo tratando de huir, y menos lanzándose a una lucha en la que se sabía inferior.

No había percibido el ruido del «Peugeot» al ponerse en marcha de nuevo. ¡Eso quería decir...!

—¡Leónidas! —gritó, tirando el portafolios hacia la oscuridad de los arbustos.

—Estoy aquí, señor —respondió el aludido, mucha más cerca del lugar en que el otro lo suponía.

Leoforos dio un sobresaltado giro de cabeza hacia la izquierda.

En efecto, Leónidas estaba allí. Y aunque las tinieblas, al confundirse con el negro de la pistola que empuñaba en la diestra, no permitieron al profesor percatarse del arma, presintió que la llevaba.

Y presintió que iban a matarle.

—Se siente mal, señor —habló Leónidas, con siniestra ironía—. Su corazón es débil, ¿verdad? Usted lo dijo: «Toma este portafolios negro, mi pitillera y corre a la Embajada norteamericana». Y lo cogeré, señor, lo cogeré... Pero en lugar de la Embajada, ¿no será mejor que lo entregue al Leoforos Gheorghiou que quede con vida?

—¿Vas a...?

La pistola de Leónidas no iba provista de silenciador. Por eso los disparos restallaron en el aire al tiempo, que Leoforos se doblaba dejando la frase sin terminar.

No, no iba a matarle. Lo había asesinado. Leónidas miró al doble del profesor. Le dijo:

—La hora de llegada a Tánger son las 23:45. No pierda tiempo.

—Correcto. Ve por el portafolios. Luego, ya sabes cómo deshacerte del viejo.

Maniobraron en silencio.

Minutos después, un enorme objeto rugía ferozmente al hender los aires camino del cielo.

Y por él, camino de Tánger.

TANGER, 6 de setiembre de 1965, 23:30

Eran un par de piernas maravillosas. Las piernas de una mujer estupenda.

Y las agitaba graciosamente entre los barrotes metálicos de la cama, por fuera de ella, luchando sus pies menudos y bien dibujados por desprenderse de una pequeña pieza de nylon.

De un puntazo consiguió enviar la prenda al otro extremo de la estancia.

—¿Tienes calor? —preguntó el hombre que estaba a su lado.

La rubia rodeó el cuello masculino con sus dedos largos de afiladas uñas.

—Me gusta estar cómoda —apuntó ella, sutilmente. Sonrió el hombre con manifiesta ironía.

—Tienes un glacial concepto de la comodidad, ¿no te parece? Le cerró los labios con un beso.

—Soy una alumna eficiente —dijo la mujer, tras el prolongado ósculo—. ¿Has tenido otra con tanta capacidad de asimilación?

—¡Oh, no! —se burló él—. Tú eres muy capaz..., mucho.

El agudo campanilleo del teléfono interrumpió la trivial conversación.

Saltó él de la cama, hundiéndose en una butaca vecina a la mesita que sostenía el aparato.

Le siguió la muchacha, arrodillándose en el suelo frente a él.

—No es hora de interrumpir, amigo —dijo el hombre, llevándose el auricular al oído.

Una voz tenue, en la que parecía esconderse un temor oculto, vibró ansiosa al decir:

—¿Es Donald Farrell? Torció la boca con fastidio.

—El mismo... ¡Eh, estate quieta! Me haces cosquillas.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritaron nerviosamente al otro lado—. ¿Me escucha?

—Si esta muñeca deja de hacerme cosquillas, le escucho. La rubia sonreía tentadoramente.

—Es importante... ¡Muy importante! —insistió la voz, con igual nerviosismo—. Se trata de la *Operación Kasbah*.

Donald Farrell —005 para el I. S. de Washington—, soltó un respingo.

—¡Lárgate! —le ordenó a la mujer, con imperioso ademán, tapando unos segundos el auricular. Luego, al que estaba en el otro extremo del cable—: ¿Quién habla?

—Eso no importa, Farrell. Tengo una información que vale millones.

Su proyecto ha sido traicionado.

—Eso no basta. Necesito datos, nombres... ¿Quién es usted?

—No puedo decir más por teléfono. Y he de advertirle que tampoco quiero dinero.

—Ha hablado de millones.

—Los vale. Pero yo sólo quiero un pasaporte que le permita entrar en su país.

—Ya entiendo. Fugado del Soviet, ¿eh?

—Puede. Dentro de un cuarto de hora en rue de Sidi Jali, 38.

Al punto percibió un «clic». El anónimo comunicante había colgado. Hizo lo propio con lentitud. Fruncido el entrecejo y hosca la mirada. Le parecía imposible. ¡La *Operación Kasbah* traicionada!

¿Cómo?

¿Quién?

Se dio cuenta de que la rubia estaba sentada a los pies de la cama mirándole curiosamente.

—Te he dicho que te largues —dijo en tono duro.

Corrió hacia él, se arrodilló de nuevo, extendió los brazos...

—¡Lárgate!

Abrió mucho los azules ojos. Sorprendida. Extrañada de que un hombre le hablara de aquella forma y en aquel tono.

Donald consultó su reloj: las 23:37. Faltaban ocho minutos para la llegada de ellos. Y tenía una cita dentro de quince.

—¡Lárgate! —repitió, apartando los femeninos brazos de piel suave y bronceada.

Se levantó, chispeantes los ojos.

—Dejarás que me vista por lo menos, ¿no? —Escupió más que dijo.

—Lo que quieras, pero esfúmate pronto. La observó sombrío.

—Puedes peinarte en la calle —dijo mirándola por el espejo mientras abrochaba su camisa.

—¡Imbécil! —exclamó la rubia, dirigiéndose a la puerta. Y con la mano sobre el tirador, se despidió—: No vuelvas a acordarte de que estoy en el mundo.

—Las hay mejores.

—¡Muérete!

El portazo hizo retumbar las paredes.

Al momento, Donald corrió hacia la puerta, asegurando el cerrojo.

De un armario que había en la pared de la izquierda, frente a la cama, sacó una máquina de escribir portátil modelo «Remington».

Tiró de la cremallera para quitar la funda. Con rápidos movimientos pulsó el elevador de mayúsculas, y al instante, la máquina se partió, en dos. Y en el minúsculo espacio abierto aparecieron los mandos de un diminuto transmisor-receptor de largo alcance.

Abrió el circuito le onda y una luz roja brilló a intermitencias.

Se acercó a los labios el micro transmisor.

—005 llamando a 000 —dijo—. 005 llamando a 000. ¿Me oye?
Cambio y permanezco a la escucha.

Un corto silencio turbado solamente por el tenue zumbido del transmisor; tras él, una respuesta:

—000 a 005, 000 a 005. Le oigo. Cambio.

—*Operación Kasbah* en peligro...

—¡Concrete rápidamente, 005! Unos segundos de vacilación.

—Acabo de recibir una llamada anónima. Parece tratarse de un individuo fugado del Soviet que asegura tener información al respecto. Solicita documentos para entrar en Estados Unidos. Debo verle inmediata mente en rue de Sidi Jali, 38. ¿Permanece a la escucha, 000?

—Perfectamente. Hable con ese hombre. Provéale de la documentación necesaria y póngase a trabajar enseguida en el asunto. Aguardaremos sus noticias después de la entrevista. Manténgase en contacto con Enlace de Positivo, Negativo y, Neutro. Llegada prevista para las 23:45. Faltan dos minutos. ¡Muévase, 005! Cambio y corto.

Donald Farrell colgó en la horquilla el micro transmisor pulsando a un tiempo el resorte de las mayúsculas. La máquina recuperó su condición de tal. Cerró velozmente la cremallera y la introdujo en el armario.

Atrapó su chaqueta al vuelo, se aseguró de que la «*Parabellum*» estaba montada y salió de la estancia, cerrando desde fuera con llave.

* * *

Rue de Sidi Jali, 38.

En el corazón de la Kasbah.

Al otro lado, contra el fondo de un cielo tachonado de estrellas, erguía la silenciosa y vetusta mole del «Raissuli's Palace».

El imperio de las tinieblas. El reino de los misterios.

¡La Kasbah!

Tres peldaños desgastados conducían al arco del 38.

Una mano que parecía emerger de la oscuridad asió enérgica el aldabón. Cedió la puerta hacia delante con sólo la presión de aquélla.

005 se envaró. Extrajo su «*Parabellum*».

Siguió empujando y penetró cautelosamente. Al fondo de un angosto pasillo de polícromos baldosines abríase un patio redondo.

En el centro, el caño de una fuente dejaba tironear el agua sobre los nenúfares y azucenas de un estanque ovoide y de éste caía al suelo con rumoroso chapoteo.

Una cristalera circular rodeaba el típico estanque formando prismas dispares de variado colorido.

Reinaba en el lugar una suave penumbra.

Los ojos de Donald Farrell escrutaron fijamente en todas direcciones. A la izquierda, la carcomida madera de una puerta daba acceso a un pequeño recinto de proporciones cuadrangulares.

Empujó a la vez que extraía una linterna sorda. Envío el reducido cono de luz al interior.

—¡Cielo Santo! —murmuró.

De una de las vigas del techo pendía una cuerda. De la cuerda colgaba un cuello. Del cuello, el cuerpo de un hombre que se balanceaba siniestramente.

Al momento, cuando aún no había reaccionado ante la lúgubre sorpresa, una voz brotó a su espalda.

Una voz conocida ordenó:

—Tira tu pistola, 005. ¡Rápido! Donald obedeció.

—Procura no recurrir a ninguno de tus trucos —añadió la voz. Si te veo hacer el movimiento más insignificante, ¡te coso! Ve hacia tu izquierda, a la vez que te vuelves muy despacio.

005 sabía que no le quedaba más opción que seguir las instrucciones.

—Tú... —murmuró amargamente al quedar frente al que le encañonaba—, tú un traidor. ¿Por qué?

—No busques explicación a los enigmas de la vida, Donald. Ése —señaló con el cañón de la pistola al ahorcado— también era un traidor.

—Alguien hará lo mismo contigo. Una sonrisa helada, siniestra.

—¡Iluso! ¿Quién va a sospechar de mí?

—Tendrás que matarme.

—Porque te crees que estoy aquí, ¿eh?

El cerebro de 005 trabajaba vertiginosamente. Los recursos eran limitados. No podía apelar a los trucos que en ocasiones parecidas le fueran providenciales. Su enemigo los conocía, los había empleado él incluso.

Una última posibilidad. Limpia, sin trampas.

Un centelleante salto hacia adelante en busca del cuerpo de su oponente. O en busca de la muerte.

—¡Imbécil! De la muerte.

Brillaron dos fogonazos. 005 se llevó ambas manos al pecho. Cayó de bruces al suelo con macabro estrépito.

Una carcajada gutural vibró con eco tétrico.

—Los de Washington le pondrán una cruz a tu ficha, DOS^[3]. — La mirada del misterioso asesino se posó ahora en el que colgaba del techo. Agregó con maquiavélica satisfacción—: Los de Moscú harán lo mismo en la tuya, Krochenko.

Una mueca de desprecio en los crueles labios.

—¡Sólo sois números, no hombres!

LONG BEACH (Miami), 7 de setiembre de 1965, 11:30

Frankie McCasland restregó furiosamente sus ojos al sentir sobre ellos el ardiente escozor de la arena.

Se incorporó de un brinco.

—¡Maldita sea, ya podría mirar...! —cortó la frase destinada a terminar con un exabrupto trocándola en admirativo silbido—. ¡Eh, sirena! ¿De dónde has salido tú?

Las extremidades inferiores causantes del escozor de sus ojos estaban perdonadas.

Todo era disculpable en aquella náyade de piel cobriza y curvas electrizantes.

—¡Eh, sirena! Deja que te perdone.

El contoneo de las rotundas caderas se alejaban orgullosamente.

—Sí, ¿eh?

Frankie McCasland saltó hacia adelante como si lo hiciera desde el trampolín de la piscina.

Sus manos alcanzaron los bronceados tobillos y la escultura de carne y hueso se fue de bruces sobre la encendida arena.

—¡Estúpido, idiota!

—Otro insulto, morena, y tus labios ya no se separarán de los míos.

Se revolvió como una tigresa con un brillo de rabia en la profundidad de sus ojos negros.

—¿Qué pretendes?

—Besarte.

Ella, con su húmedo bikini amarillo moteado de puntitos negros, relajó su cuerpo, a la vez que sonreía.

A la vez que contemplaba al estupendo animal autor de su caída.

Con ciento noventa centímetros de pies a cabeza. Con anchas espaldas y torso de consumado atleta. Con elásticos músculos sin un gramo de grasa. Con los cabellos castaños ligeramente caídos sobre la despejada frente. Con su rostro de agradables facciones en el que destacaban los labios de rictus irónicos y los ojos, los sorprendentes ojos azules, de mirada penetrante, in quieta quizá.

Se le adivinaba una personalidad arrolladora. Un peligroso poder de seducción. Una decisión irrevocable a la hora de besar unos labios hermosos sin importar lugares ni situaciones.

Un hombre.

La muchacha extendió los brazos por encima de su cabeza. Murmuró:

—¿Te parece bien, Apolo, besarme ante tantos testigos? McCasland se tendió a su lado.

—No se han escrito tratados sobre cómo, dónde o cuándo se puede besar. ¿Se han vuelto imbéciles en Miami que te dejan venir sola a la playa?

—Hay buenos cardiólogos en la ciudad.

—Y muchos cardíacos después de verte con este dos piezas, ¿no? Giró hacia la izquierda para mirarle.

—No tengo nada que hacer esta noche, Apolo. Sonrió él cínicamente.

—¡Asombrosa coincidencia! —exclamó, burlón—. Ninguna mujer reclama mi presencia tampoco. Podré dedicarte la noche entera... ¿Te sientes feliz?

Una de las manos de ella apretaba un puñado de arena.

Y de improviso, entre sonoras carcajadas, la arroja a los ojos de McCasland.

—¡Maldita fierecilla! —Gruñó él—. ¡Te lo has buscado!

Y cuando la estupenda morenaza trataba de emprender la huida volvió a derribarla, turbios los ojos, cayendo sobre ella y clavando sus labios sobre aquel manantial de roja frescura.

No hubo resistencia. Hubo presión de las manos de la mujer contra la nuca de Frankie.

—¿Dónde aprendiste a besar? —preguntó ella, jadeante.

Su busto turgente oscilaba agitadamente amenazando desbocar la prenda superior.

—Asistí a una escuela de formación profesional. Me licenciaron a los doce años. ¡Un verdadero prodigio!

Sonrió la morena.

—¿Vamos al bar?

Frankie McCasland se incorporó como un felino tendiendo sus manos a la muchacha y alzándola como si de una pluma se tratase.

—Gracias, músculos de acero. ¿Eres gimnasta?

—Practico una gimnasia muy particular. De movimientos complejos y muy variados. Ya te enseñaré algunos números.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo es la cita?

—Nueve de la noche. ¿Te parece bien?

—Correcto —asintió McCasland—. ¿Al bar? Se encaminaron hacia él.

—¡No me has dicho cómo te llamas, muñeca!

—Diana.

—Suen a mitología. Como tus curvas de náyade.

—¿Y tú, Apolo?

—Frankie. Soy totalmente terreno. Nadie se preocupó de escribir mi nombre en historias mitológicas.

Algunos cincuentones de prominentes barrigas abrían la boca y los ojos al recorrer la cimbreña figura de Diana.

¡Si habría tipos con suerte!

Cruzaron la cristalera del *snack*, encaramándose a horcajadas sobre dos taburetes.

—¿Qué tomas, beldad?

Jugueteó la mujer con el suave azabache de sus húmedos cabellos.

—Un

«ginn-fizz».

Frankie se encaró con un tipo de blanca chaquetilla y cara de gorila que se movía torpemente al otro lado del mostrador.

—¡Eh, tú! —le gritó—. Tráete un «ginn-fizz» y un «suave» largo.

El «suave», cuando era largo, lo era de *whisky*. Y muy corto de soda.

Tenían los vasos frente a ellos y los llevaban a la boca, cuando un individuo de raquíta apariencia se situó a la izquierda de Frankie golpeándolo en el hombro.

Dejó el vaso y giró la cabeza.

—Buddy, eres un auténtico pájaro de mal agüero... —le saludó—. ¿Qué diablos quieres?

Buddy sonrió con impertinencia.

—Conque un pájaro, ¿eh? Aguarda a que te diga... —Bajó el tono de su voz para graznar más que decir—: requiere tu inmediata presencia en la capital. ¡Que te sea leve!

Y se largó, mientras Frankie atrapaba el vaso furiosamente y lo incrustaba en su boca.

—No habrá sesión de gimnasia, Diana —dijo tras apurar el «suave» de un trago.

Los deliciosos labios de ella se apartaron del cristal para curvarse en mohín de decepción.

—¡Oh! ¿Por qué?

Frankie esbozó su burlona sonrisa.

—Mi tía. Está agonizando. Soy su sobrino preferido y quiere que la acompañe en sus últimas horas.

La sonrisa que nació en boca de Diana fue de total y absoluto escepticismo.

—¿Quieres que llore? —se burló.

—Ya lo haré yo por ti —replicó McCasland, saltando del taburete. Metió una mano en el pequeño bolsillo del bañador dejando un billete sobre la barra. Agregó—: ¡Nos vemos!

Y ante la estupefacción de Diana, salió del *snack*. Un hombre raro.

¡Pero, qué hombre!

WASHINGTON D. C., 7 de setiembre de 1965, 17:40

—¡Nuestra organización exige renuncia, sacrificio y disciplina! Ante todo y por encima de todo, ¡disciplina! ¿Me oye, 001?

Y por si no le oía, descargó el puño derecho sobre la mesa de escritorio con sonoridad y contundencia.

—¡Menuda sesión de gimnasia que me estoy pintando al óleo! — musitó Frank McCasland, seleccionando cuidadosamente un cigarrillo.

Dejó el paquete de «Lucky Strike» sobre la mesa.

—¿Decía, señor? —preguntó con expresión inocente, mientras acercaba la llama de su mechero a un extremo del cigarrillo.

Alexis H. Drake, director del organismo de defensa más joven de Estados Unidos de América, fulminó al 001 con la mirada.

Pero nada dijo.

Porque sabía que tras aquella apariencia descuidada, tras aquella expresión burlona, escéptica diríase, vivía un cerebro ágil, despierto y extraordinariamente dotado.

Un hombre decidido, rápido de reflejos, de múltiples y prácticos recursos; un hombre del que podía esperarse lo más insospechado en el momento más difícil.

Así era Frankie McCasland,
IS-001.

Y nadie mejor que Alexis H. Drake, hermano de su madre, para conocerlo. Para estar seguro de lo que aquel muchacho de cabellos rebeldes caídos sobre la frente podía dar de sí.

Por eso no vaciló en llamarlo, en arrebatarlo materialmente al F. B. I.

cuando el departamento de defensa de aquel organismo y el del C. I. A.

se fusionaron para formar el I. S.

El *Intelligence Service*. Conocido también como el agente 000, y del que dependían veintidós agentes —seleccionados entre los mejores—, bajo la dirección de Alexis H. Drake.

Ex miembro del Departamento de Defensa del C. I. A.

Quien decía en aquellos momentos:

—Frankie, me crispas los nervios...

001 expulsó olorosas bocanadas de azulado humo.

—Pero, tío, debes comprender...

—¡Basta!

—Perdón, señor. ¿Me ha mandado llamar? Alexis H. Drake se mesó los grisáceos cabellos.

—Se trata de un asunto verdaderamente trascendental — anunció, sombrío—. La *Operación Kasbah*. Un proyecto insólito, inaudito, el más perfecto de...

—¿Lo concibió usted? —interrumpió 001, con infantil sonrisa.

—¿A qué viene eso?

—¡Oh, nada! Lo de «más perfecto» me ha hecho suponer...

—¡Frankie! —Alexis fingía un enfado que realmente no sentía. Por eso le tuteó al agregar—: ¡Cállate y escucha!

—Correcto.

El director del I. S. carraspeó antes de proseguir:

—El Medio y el Extremo Oriente son motivos de honda preocupación para el mundo de Occidente. Países superpoblados, subdesarrollados, fáciles a la semilla de la subversión. Millones de hombres que viven en la miseria, hombres que mueren y ven morir de hambre a sus hijos. Masas adormecidas que despiertan como un enorme cetáceo a las palabras falaces del primero que les prometa un futuro lleno de bienestar y prosperidad, al conjuro de sofisticadas políticas de convivencia social, de igualdad de bienes y derechos. De hombres muertos de hambre se convierten en hombres fanáticos que matan y se dejan matar por conseguir fines utópicos. China, por ejemplo: la India y otros muchos países. África también, aunque en menor escala. Focos de ebullición, volcanes aparentemente dormidos que de un momento a otro pueden inundar el mundo con su lava.

—¿Y bien? —cortó Frankie, entrecerrados los párpados, como si le aburriese aquella retórica.

—Había que conjurar ese peligro. La Unión Soviética, aprovechando sus afinidades políticas con el Gobierno de Nasser, y en uso de la influencia que éste tiene sobre la

R. A. U.,

estudió la posibilidad de instalar en Egipto una base para el lanzamiento de proyectiles dirigidos. Punto estratégico desde el que podría dominarse todo el Oriente, especialmente China, y prevenir un posible cataclismo en caso de ruptura en las de por sí tirantes relaciones chino-soviéticas.

Alexis H. Drake hizo una breve pausa. Agregó:

—Pero si en lugar de la ruptura o la desavenencia surgía una unidad entre ambos países, ¿para qué fines podría emplearse la base de lanzamiento?

Frankie se encogió de hombros mientras pisoteaba la colilla del cigarrillo.

—Para reducir Europa a partículas —comentó, distraído.

—Exacto —corroboró el director—. Sincronizar las operaciones de esa base egipcia con las que la

U. R. S. S.

tiene en sus límites geográficos, significa la destrucción de Europa en un lapso de tiempo inverosímil, asombrosamente reducido.

Drake clavó un grueso habano en sus labios después de cortarle la punta cuidadosamente.

Encendió una bengala y aspiró con fruición:

—Bien —dijo tras la primera bocanada—. Proteger al viejo Continente de ese posible peligro significaba, lógica y automáticamente, la instalación de otra base de lanzamiento lo más cercana posible a la de Egipto.

—Para llegado el momento, destruirla. ¿Digo bien?

—Exacto. Pero disponer de una rampa de lanzamiento capaz de destruir otra, instalarle con posibilidades de éxito para actuar eficazmente cuando fuera necesario, era cosa a cimentar sobre el más riguroso de los secretos. Una operación ultra secreta.

Drake sonrió tristemente.

—Si el enemigo conocía el emplazamiento de nuestra base —dijo—, estábamos en igualdad de condiciones. Podíamos destruimos mutuamente sin provecho alguno.

—Es evidente.

—Así empezó la *Operación Kasbah*.

Frankie McCasland se retrepó en la butaca con indolencia.

—Me tiene sobre ascuas, señor.

El director del I. S. censuró con acre mirada las chanzas del 001.

—Tres hombres que trabajaban en centros experimentales de Estados Unidos fueron expulsados y deportados a sus países de origen, bajo la acusación de mantener relaciones sospechosas con individuos afectos a organismos de espionaje extranjeros.

—Lo cual era totalmente falso —intervino McCasland.

La intuición, sagacidad, o lo que fuese, de IS-001, sorprendió visiblemente, a su pesar, al director de la organización.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió de inmediato.

—No se alarme. Yo sólo hago suposiciones.

Hubo un silencio. Seguidamente, Alexis H. Drake tomó de nuevo la palabra.

Explicó:

—Horst Weizsacker, ingeniero alemán, huido de Berlín en 1944, regresó a su patria con una misión específica: Diseñar una fábrica de automóviles.

Ahora sí brincó McCasland. Y mirando a Drake con el ceño fruncido, repitió:

—¿Una fábrica de automóviles?

—Eso he dicho. Planos que diseñaría con unas tintas especiales, invisibles, que sólo reaccionarían al contacto con unos líquidos determinados cuyos ingredientes conocía únicamente Leoforos Gheorghiou, quien, deportado a Grecia, Atenas concretamente, se encargaría de introducir en los planos una serie de complicadas modificaciones con el fin determinado de poder convertir, con un juego de controles autónomos, en base de lanzamiento de proyectiles lo que era aparentemente una fábrica de automóviles y que, como tal, había de funcionar. Luego, empleando el mismo sistema de tintas, pero con reacción a otra clase de líquidos, unos planos de papel en blanco viajarían hasta Río de Janeiro. Allí, João Gonçalves, se encargaría de montar un sistema de defensa atómico para caso de un posible ataque.

—Perdón —interrumpió Frankie—. Supongo que Gonçalves era el tercer deportado, ¿no?

—Correcto.

—¿Y después?

Alexis H. Drake tosió.

—Como cada uno de ellos disponía de una copia de sus trabajos en el plano original, João Gonçalves debía destruir el que desde Berlín había viajado a Río de Janeiro conservando únicamente la copia de su trabajo.

—Para una vez reunidos en el lugar del emplazamiento uniesen sus trabajos y dispusieran la instalación de la base. ¿Es así?

—Así es, 001.

—¿Punto secreto?

—Tánger.

—Lo suponía.

La fábrica de automóviles debía instalarse en una isla sumergida bajo el Cabo Malabata (explicó Alexis a continuación, mientras consumía vorazmente el habano), pero los controles autónomos para la «metamorfosis» se accionarían desde otro lugar.

Tras la breve explicación, 001 quiso saber:

—¿Desde el mismo Tánger?

—Desde el subsuelo de un antiquísimo edificio, prácticamente en ruinas, situado en el laberíntico barrio de la Kasbah. Eso le dio nombre a la operación.

Hubo un silencio. Frankie McCasland, sin ironía ni escepticismo, oscuras las correctas facciones de su rostro, inquirió ahora:

—¿Cuándo debía iniciarse el trabajo?

—Ayer, a las 23:45, llegaron a Tánger los tres investigadores que desde un principio se designaron en clave: Positivo, Negativo y Neutro. En el aeropuerto se pusieron en contacto con el agente Enlace de la operación.

—He de reconocer —dijo Frankie, admirado— que es el proyecto más inverosímil, descabellado, pero inteligente concebido que he tenido oportunidad de conocer. Y vivimos en una era en la que los cerebros trabajan veinticuatro horas al día tratando de encontrar el superlativo de lo imposible. ¿Estaba el Gobierno marroquí en antecedentes?

Drake torció la cabeza en rotunda negativa.

—Ultrasecreto —pronunció, gravemente—. Ellos habían, mejor dicho, han concedido permiso a una industria alemana para la instalación de una fábrica de automóviles.

—¡Fabuloso!

Y en el acto, 001 sorprendió en los ojos de su superior y tío una sombra de profunda tristeza.

Un velo de espesa preocupación.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Nuestro proyecto ha sido traicionado.

Un silencio para sorpresa y asombro. Retiró mecánicamente los cabellos de su frente.

Balbució:

—¡Qué! ¿Traicionado?

—Sin lugar a dudas —replicó el otro, con penoso acento.

—Pero ¿cómo?

Una respuesta concreta:

—Para eso te he interrumpido en tus clases de gimnasia. Un nuevo silencio. Denso, pesado y agobiante.

—¿Qué noticias tiene?

—Hasta ayer a las 23:43 los planes se desarrollaban con toda normalidad. Gonçalves, Weizsacker y Gheorghiou comunicaron con nuestra central a las horas previstas para sus salidas.

—¿Les ha ocurrido algo?

—En absoluto. Llegaron a Tánger puntualmente y fueron recibidos por el agente Enlace. Volvieron a comunicar en el momento de su llegada. Pero antes, a las 23:43, como te he dicho, IS-005,

Donald Farrell...

—Le conozco.

—Le conocías.

—¿Asesinado?

—Lo suponemos. Como te decía —Drake se limpió unos puntitos brillantes que perlaban las arrugas de su frente—, 005 llamó a esa hora. Acababa de ser advertido telefónicamente por un desconocido de que la operación había sido traicionada. Según 005, el anónimo comunicante pedía, a cambio de su información, documentos para entrar legalmente en Estados Unidos. Fue fácil suponer que se trataba de un desertor del Soviet. Le había citado inmediatamente en rue de Sidi Jali, 38. 005 debía proporcionarle los documentos y comunicar con la central después de la entrevista. Hasta el momento no hemos recibido sus noticias. Sin embargo, esta mañana hemos hablado con el agente Enlace. Por su parte no había novedad, sólo le extrañaba la ausencia de 005.

—O sea —habló 001 como si lo hiciera consigo mismo—, que de ser cierta la infiltración enemiga, se apoderarán de la base sin que oficialmente pueda hacerse nada por evitarlo.

—Así es. No cabe lamentarse. Como último recurso nos queda el de destruirla si no podemos recuperarla.

Frankie McCasland no parecía el mismo hombre que allá en la

playa de Long Beach, picaresco y atrevido, dominara una náyade morena.

Un cambio radical se había obrado en él.

Dijo, con esa responsabilidad profesional que caracterizaba a los hombres de su mundo, cuadradas las rígidas mandíbulas:

—¿Mis instrucciones, señor?

Alexis H. Drake, director del I. S., agente 000, le miró en significativo silencio.

—¿Las necesita, 001?

—Creo que no, señor. Se puso en pie.

—Buena suerte, Frankie. —Una nota de paternal afecto vibraba en aquellas palabras de despedida.

—La tendré, tío.

Y desde la puerta, Frankie McCasland se volvió con una sonrisa en los labios. Dijo, severamente:

—¡Perdón! He querido decir: «La tendré, señor».

Aunque las preocupaciones de Alexis H. Drake eran muchas y muy complicadas, no contuvo la sonrisa afectuosa que brotó espontánea en sus labios.

Murmuró, sin que el otro, que ya cerraba la puerta, le oyese decir:

—Estás sin apoyo, muchacho. Solo. Si mueres hasta tendré que negar quién eras.

Así estaba dispuesto para los esforzados y temerarios agentes del I. S.

La muerte en tierra extraña. La negativa de un país a reconocerlos como legales funcionarios en el uso de sus atribuciones.

Sólo una cruz.

Una cruz en lápiz rojo a la altura del vértice derecho de una ficha, escondida en un archivo ultra secreto.

Como ultra secreta era la *Operación Kasbah*.

CAPÍTULO PRIMERO

Las calles olían mal.

A mezcla de escombros, orín, excrementos, animales muertos en estado de descomposición y toda clase de porquerías no imaginables.

El ambiente de aquel barrio misterioso, sombrío y mezquino, último baluarte de una civilización que en su mismo cénit encontrara el ocaso, era denso y agobiante como doscientos años atrás.

La vida de aquellos seres podía decirse que seguía igual.

La lucha por la subsistencia seguía siendo tan primitiva como entonces. Frankie McCasland giró la cabeza levantando los ojos hacia el «Mirador de Europa».

Parecía imposible que al otro lado de aquel balcón natural existiese otra Tánger distinta.

Una Tánger alegre, bulliciosa y cosmopolita, agitada y febril que vivía al mismo ritmo que cualquier ciudad del otro continente.

Un contrasentido. Un violento contraste que se hacía difícil de creer aun recorriendo el trazado laberíntico de aquellas callejuelas angostas y malolientes que componían el viejo o Gran Zoco árabe.

La antesala fétida de aquel reducto famoso en el mundo que había servido de inspiración a cientos de escritores, de aquella fortaleza cuyo sólo nombre era sinónimo de misterios, crímenes, conspiraciones siniestras y que, a la vez, excitaba la curiosidad de todos.

El deseo de conocer la Kasbah.

Allí seguía, erguido y desafiante, el escenario de novelas y películas de intriga; el albergue de los indeseables que huían a la Justicia de las cuatro partes del mundo.

Cobijo de miserias y posada de asesinos. La Kasbah.

Frankie McCasland consultó su reloj.

Notaba húmeda la suela de los zapatos. Mojado el bajo de los pantalones. Pero todo eso se convertía en algo normal, en fugaz pensamiento que huía de inmediato para dejar paso a la preocupación que pesaba sobre sus espaldas.

Al motivo del por qué estaba respirando aquella atmósfera y del por qué se habían humedecido sus zapatos y mojado sus pantalones.

Un chiquillo medio desnudo que corría alocado luciendo en sus esqueléticos brazos profusión de collares y baratijas, tropezó con él violentamente.

Hubo de sujetarlo para que no cayese al suelo:

—*¡Sidi, sidi!* ¿Quieres una?

—*¡Cifale, chifahale haluf!* —gritó un tipo de largas barbas que escondía su cuerpo tras una mugrienta chilaba. Y repitió, en inglés ahora—: ¡Ve, ve, cerdo!

Y atrapó al niño por un brazo arrastrándole materialmente por el suelo. Frankie nada hizo por intervenir. No era la primera vez que pisaba Tánger. Conocía las costumbres de aquellos seres primitivos, dignos de lástima en ocasiones, pero ruines y peligroso en todo momento.

Los tenderetes, los vendedores ambulantes, los desocupados tendidos en las puertas de sus casas fumando largas y estrechas pipas, las mujeres enfundadas en los calurosos *jaikes* que escondían de pies a cabeza sus atractivos de hembra, los gritos, las maldiciones y el refulgir a veces de una daga, eran pregón elocuente de lo que allí se iniciaba.

Aquel escenario familiar a las aventuras de Lemoco. Por fin: 38, rue de Sidi Jali.

Una puerta herrumbrosa, claveteada en semicírculo, aparecía entornada.

Frankie, con potencia, descargó sobre aquélla sonoros aldabonazos.

Apareció el rostro semicubierto de una mujer joven, que, como una posesa, retrocedió al momento, gritando:

—*¡Gualo! ¡Gualo!*^[4] —Y aún desde dentro, se la oía decir con histerismo—: *¡Gualo nassarani!*^[5]

IS-001

empujó la puerta y penetró decidido.

Un tipo alto, de fornido torso que llevaba al desnudo, cubiertas las piernas con un bombacho verdoso, le cerró el paso.

Con un inglés torpe, pero comprensible, preguntó:

—¿Qué buscas, extranjero?

En el rostro cetrino de hoscas facciones destacaba el reluciente brillo de unos ojos negros.

Que penetraban al mirar como agudas puntas de alfiler. Una mirada rencorosa. Desconfiada y cauta a la vez.

—Busco a un amigo —respondió Frankie, impertérrito.

—No hay amigos.

—Los había, pues. Él, mi amigo, solía venir aquí con frecuencia. Puede que alguna de tus mujeres lo conozca.

La frase sonaba a insulto. Y había sido pronunciada para insultar. Chispeó malignamente el brillo de los ojos negros.

—¡Baraka!^[6] —tronó el gigante—. ¡Lárgate! Frankie no se inmutó.

—¿Quieres que te rompa todos los huesos?

Ahora adivinó temor en la mirada.

Cobarde como lo eran todos en la lucha abierta con el enemigo. No por ello dispuesto a ceder.

—No hay amigos.

Frankie siguió el camino de sus ojos. Por encima del fajín que ceñía el pantalón bombacho, asomaba la marfileña empuñadura de un estilete oriental.

Dio un paso hacia él.

El marroquí retrocedió instintivamente.

—Donald Farrell estuvo anteayer en esta casa entre once y doce de la noche —dijo Frankie, mirando al del bombacho con peligrosa fijeza—. Desde esa hora no he vuelto a saber de él. ¿Qué pasó aquí, orangután? ¿De veras quieres que te destroce?

Aquel pasillo era demasiado estrecho para que ninguno de los dos pudiera moverse con holgura.

El gigante de pecho desnudo clavó los pies, desnudos también, sobre los baldosines.

Centellearon sus ojos negros.

Y de improviso, con una rapidez insospechada, tiró del mango marfileño saltando sobre Frankie con felina agilidad.

Refulgió la hoja en el aire. 001 no se movió.

El estilete trazó un arco fugaz para incrustarse en el pecho del agente. Y ante el asombro del árabe, la hoja se partió en dos.

—¡Gucilo! ¡Gualo! —exclamó despavorido, tendiendo sus manos hacia adelante y dejando caer a tierra el resto del estilete.

Tendía sus manos como queriendo evitar que el otro lo tocara. McCasland se movió ahora. Y pareció que seguía en el mismo sitio, por la suavidad elástica con que actuaron sus músculos.

El oriental se sintió atrapado por una muñeca. Y en décimas de segundo se vio volando por los aires en dirección a la puerta.

Contra ella estampó su cabeza.

Frankie saltó ahora sobre él, aplicándole una dolorosísima «doble Nelson».

Estaba a su espalda, dominándole las piernas, inmovilizándole el brazo izquierdo y efectuando palanca a la inversa con el derecho.

—¡Aaaah! —rugió el gigante. McCasland aumentó la presión.

—¡Basta! ¡Basta!

—¿Hablarás?

—¡Sí, sí! ¡Yo decirte...!

Y no bien lo hubo soltado, el marroquí se desplomó a tierra inconsciente.

001 le dio un vistazo desaprobador.

—Siempre me pasa lo mismo —musitó—. Me excedo.

Caminó pasillo adelante hasta llegar al patio circundado por cristales.

Se metió por la puerta que se abría en la parte izquierda.

Cuatro paredes desnudas, peladas.

Dos jergones de paja sobre una estera de junco y cáñamo. Una mesita corta de sostener metálicos y sobre ella, una tetera humeante.

Se respiraba un aire embalsamado. Azahar y yerbabuena.

Acurrucada contra la pared frontera, temblorosa, visiblemente aterrada, la mujer que le abriera la puerta.

Frankie se acercó a ella.

—No temas, *guayeta*^[7]. No voy a hacerte ningún daño. ¿Puedes entenderme?

Pese al temor que azotaba su cuerpo, asintió con la cabeza.

—Sí. Yo sé que tú no me harás daño. Extranjero también bueno

y trata su mujer con cariño. Pero él... —Se refería al gigante y entonces se acusaban sus temblores—. ¡Me matará si hablo contigo! ¡Vete!

McCasland sabía que aquello era cierto. Sintió profunda pena de ella.

Pero se le acercó. La tomó por los hombros sin que ella se resistiese, y apartó el velo vaporoso que escondía su rostro.

001 llevaba pocos años en el mundo: veintitrés. Pero los había vivido intensamente.

Por eso, las mujeres no le impresionaban aunque a veces lo fingiera. Las había visto de todos calibres y de todas las formas que una mujer podía presentarse delante de un hombre.

Pero aquel rostro de profundos ojos verdes no lo había visto 001 en sus veintitrés años de vida intensa.

No había visto nada parecido. Nada tan hermoso. Nada tan sincero.

—¿Cómo te llamas?

Los labios tiernos, jugosos como una fruta deliciosa y fresca, se movieron débilmente.

—Güicha... Güicha Ben Abselam.

Frankie McCasland se inclinó hacia ella. La besó. Con miedo. Temiendo que aquel cuerpo que parecía frágil porcelana se rompiera entre sus brazos.

Fue un beso suave. Un roce fugaz. Electrizante.

Ella le miró sorprendida. Brillando intensamente las esmeraldas de sus ojos. Hubiérase dicho que con agradecimiento.

Frankie sacó una foto del bolsillo interior de su chaqueta. La de Ronald Farrell.

Se la mostró a Güicha.

—¿Lo conoces?

Ella negó con la cabeza.

—¿Nunca ha estado aquí este hombre? —insistió Frankie. Güicha no tuvo tiempo de responder.

El marroquí, tambaleante y con paso inseguro, acababa de aparecer en el umbral de la puerta.

Viendo el pánico que se reflejaba en los ojos de la muchacha, Frankie se revolvió a tiempo.

El otro se lanzaba sobre él con todas las libras de su gigantesca

anatomía, que no eran pocas.

—Está visto que tendré que «darte» —musitó 001.

No hizo más que escorzar ante la embestida. Y el otro, ciego como venía, cabeceó por segunda vez contra la pared cayendo a plomo sobre uno de los jergones.

Rebotó, no obstante, poniéndose en pie.

—Te lo he advertido, mastodonte.

Frankie, con una agilidad superior a la rapidez visual, brincó hacia adelante, fintó la embestida del otro y aplicó la punta de sus dedos, en golpe seco pero contundente, sobre el plexo del gigante.

Le vio encogerse con expresión agónica.

Lo atrapó por la nuca ayudándole a doblarse, y al momento, hundió el canto de su mano izquierda bajo la barbilla del marroquí.

Se desplomó sobre la estera, como si lo hubiera fulminado un rayo. 001 se frotó las manos delicadamente.

Se volvió hacia la muchacha, cuyo miedo había aumentado al contemplar la escena al imaginar, sin duda, lo que luego le esperaba.

—Güicha —le dijo, acariciando sus mejillas—, ¿estás segura de no haber visto a este hombre?

—No... no lo he visto nunca.

—¿Vives con él? —Frankie hizo la pregunta señalando al gigante.

—Sí.

—Cuídate. Yo volveré por aquí. Ahora la besó en la frente.

Salió del cuarto saltando sobre el cuerpo inánime del marroquí. Atravesó el pasillo con rápidas zancadas y entornó la puerta al pisar la calle.

«Bueno —se dijo a sí mismo—, tendré que comunicar con el agente Enlace. El principio no ha sido demasiado satisfactorio».

Dejó Sidi Jali para entrar en un callejón que a trechos mostraba un techo abovedado lleno de goteras y rezumante de humedad.

Un suave chasquido apenas perceptible dejóse oír a su espalda.

Frankie identificó al instante la naturaleza del ruido. La puntera de un mocasín o de una babucha al introducirse inesperadamente entre el resquicio que formaban las desiguales piedras del suelo.

Giró velozmente a la vez que se agachaba.

La porra de arena silbó como un ofidio sobre su cabeza, girando

en el vacío. Y el que la manejaba, falto del apoyo que esperaba encontrar, saltó por encima de él, empujando las narices en el empedrado.

001 recobró su estatura. Dio un doloroso patadón a las posaderas del sigiloso agresor.

—¡Levántate, mi amigo! El otro siguió inmóvil.

¿Tan fuerte se había dado?

McCasland se inclinó hacia él para incorporarle. Y en el momento que lo sujetaba por debajo de los sobacos, un objeto duro golpeó su nuca.

Una vez..., dos...

No sintió la tercera. Miles de puntos multicolores se encendieron dentro de su cabeza para dejar paso a las más espesas tinieblas.

En el último segundo de lucidez se dijo:

—001, te han cazado.

CAPÍTULO II

Las paredes eran calcinadas, muy altas, y componían un perfecto cubo de agudas aristas.

No había puerta alguna. Al menos, no se veía.

Ni un saliente. Ni un indicio de oculto resorte que pudiera poner en movimiento los tabiques y facilitar la salida de aquel angosto encierro.

¿Por dónde lo habían entrado?

001 se frotó las sienes y palpó el abultado chichón que le estaba creciendo en la nuca.

Pero no le sorprendió demasiado el hecho de encontrarse metido en aquella ratonera de la que no se veía, en apariencia, salida alguna.

Otro detalle fue el que llamó poderosamente su atención.

En el suelo, a medio metro de él, veíase un objeto que tenía cierta similitud con las corazas empleadas por los caballeros feudales en sus duelos del medievo.

Pero distinta. De superficie completamente lisa. Compuesta por la aleación de varios materiales, duro aluminio como base, y cuyo peso total no excedía a los sesenta y tres gramos.

La causa de que el cuchillo del gigantón, en rue de Sidi Jali, 38, se hubiera partido en dos.

Porque era él, 001, el único agente del I. S. que usaba de tal protección: podía decirse que la estaba experimentando.

Por instinto, McCasland echó una ojeada a su anillo. Al que llevaba en el anular de la mano derecha.

Suspiró aliviado. En aquello, afortunadamente, no habían reparado.

Incorporóse de un salto para desentumecer los músculos.

Consultó su reloj. Si no recordaba mal habían transcurrido tres horas desde el momento aproximado que lo atacaran en el callejón.

¿Quién?

Fuera quien fuese, era obvio que estaba al corriente de su personalidad y del porqué de su presencia en Tánger.

Ahora ya no quedaban dudas. 005 estaba muerto. La *Operación Kasbah*, en peligro.

¡Debía haberse puesto en contacto, antes que nada, con el agente Enlace!

Silenciosamente, se abrió un hueco rectangular en el tabique del fondo.

Justo para dar cabida y dejar ver una pequeña pantalla de televisión.

Habló una voz en tono metálico:

—Bien venido a Tánger, 001.

Frankie centró su atención en la imagen, borrosa primero y menos difusa después, que iba tomando forma en el centro de la pantalla.

Un rostro. Protegido por una máscara de goma que no delataba en lo más mínimo un solo rasgo facial.

—Es un placer comprobar que todavía estoy vivo... —dijo McCasland, con matiz burlón.

—Por poco tiempo, si piensa demorar su estancia aquí —replicó la voz.

—¿Por qué no hablamos con claridad? —inquirió 001—. ¿Quién es usted y qué pretende?

Sonó una risita seca.

—Hablabamos con claridad. Saltó la imagen.

Y en la pantalla, ante el asombro de Frankie, aparecieron dos hombres tendidos en decúbito supino en el interior de una especie de frigorífico.

Uno, era Donald Farrell.

—Están muertos —le dijeron—. Y actualmente se encuentran sometidos a una temperatura de 270° bajo cero. Luego, les serán inyectados unos líquidos de propiedad absorbente que reducirán su tamaño sin alterar su apariencia física. Quedarán convertidos en dos muñecos. ¿Le seduce la idea, 001?

—¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Un soldadito de plomo?

—Usted es inteligente, McCasland. Cuando salga de donde está, sabrá lo que le conviene. ¿Tiene otra alternativa? Su Gobierno no le puede proteger, ni siquiera reclamar su cadáver; por el contrario, negarán su condición de agente del I. S. si fracasa. ¡Si muere..., vendrá otro número con dos ceros delante... la morir también!

Saltó de nuevo la imagen y apareció el rostro de la máscara.

Los ojos escrutadores de Frankie McCasland habían captado un detalle.

Sin importancia, aparentemente.

Aunque la voz se oyera, la cara no se movía de su posición frontal ante la cámara. Cuando lo lógico era que, al hablar, accionase o se desviara, aunque sólo lo hiciera ligeramente, al compás de las palabras.

Sin embargo, la imagen permanecía estática.

—O sea —dijo 001 para no llamar la atención con su silencio—, que me está invitando a que abandone Tánger, ¿no?

—Yo diría mejor que lo estoy invitando a vivir. Es usted muy joven para ser convertido en un muñeco. ¿No le parece, 001?

—Muy razonable, desde luego. Y de súbito, preguntó:

—¿Qué piensan hacer con la base? Hubo un silencio. Luego, la risita seca.

—Instalarla. ¿Cree que se puede desaprovechar una idea tan fantástica? Montar una fábrica de automóviles y convertirla en pocos minutos en rampa de lanzamiento de proyectiles dirigidos no es una chiquillería... Dele mis saludos a su tío y mi más sincera felicitación por su extraordinaria agudeza. ¡Le deseo un feliz viaje, 001!

Desapareció la imagen. Corrió el fragmento de tabique en dirección contraria y la pared recobró su normal apariencia.

Frankie McCasland, en la certeza de que desde algún punto de la estancia le observaban, no hizo ningún movimiento que pudiera revelar la existencia de aparatos o instrumentos en su persona.

Se limitó a pasear mientras su cerebro entraba en estado de ebullición. La posibilidad de encauzar sus sospechas quedaba limitada al mínimo.

Los hombres que intervenían en la operación habían sido seleccionados tras una «criba» meticulosa.

Él sabía positivamente que Alexis H. Drake no era hombre de

correr riesgos por insignificantes que pudieran ser; más bien podía pensarse que se hubiera excedido en precauciones de toda índole.

El hecho de separar a los hombres base; Positivo, Negativo y Neutro. Las instrucciones que éstos habían recibido para trabajar. El hacerles pasar delante del mundo por traidores o posibles espías.

La manera ingeniosa de coordinar la operación.

Nada de todo esto dejaba opción a pensar en un movimiento subversivo iniciado por uno de los integrantes de la operación.

Sin embargo, Donald Farrell había comunicado con 000 a las 23:42 del día 6 para hablar de un hombre que aseguraba conocer los proyectos y decía saber la existencia de un traidor.

¿El personaje del rostro de goma?

Interrumpió sus reflexiones al notar que un olor raro flotaba en el ambiente.

El aire se hacía espeso y llegaba a la garganta con extraño sabor.

Ahora, la sensación se materializó. Hasta el extremo de advertir una sensación de asfixia.

Los sentidos le abandonaban lentamente.

Flotaba su cerebro en el vacío y su cuerpo parecía elevarse en lo alto de espesas nubes.

De repente, un vacío impresionante.

Luego, nada. El silencio. La oscuridad. Un abismo sin fin de pegajosas tinieblas.

¿Estaba muerto? No estaba muerto.

Ni en el interior de aquel cubo de paredes calcinadas.

¿Dónde?

Consultó su reloj. ¿Cuántas horas habían transcurrido?

Las agujas rebasaban en diez minutos la una de la madrugada.

La humedad del suelo habíase filtrado por entre todos sus huesos. Notaba anquilosadas las articulaciones, pesado el cuerpo y flojas las piernas.

Aferrándose a los salientes del portalón, consiguió ponerse en pie.

Lo habían abandonado en el laberinto portuario. En una de aquellas vías estrechas, tan mezquina y sórdida como las de la Kasbah, por donde nadie transitaba a horas tan avanzadas.

El chichón de la nuca, en su punto álgido, molestaba lo suyo.

Se frotó sienes y muñecas, flexionó las rodillas varias veces, pisó

de talón y puntera, extendió los brazos de atrás adelante elevándolos finalmente por encima de la cabeza.

Miró el anillo. Luego, escrutó las tinieblas que lo envolvían. Nada y nadie dejaban paso al más absoluto silencio.

Oprimió un diminuto resorte, apenas visible, que sobresalía de la superficie del anillo en espesor aproximado de medio milímetro.

La primera capa de oro cedió hacia arriba, dividióse luego en dos partes, aumentó unos milímetros la circunferencia de la capa superior y en la inferior, la que permanecía ceñida al dedo, se distinguió el brillo de una lucecita roja.

Un punto encarnado de menos espesor que la cabeza de un alfiler. Acercó sus labios.

—001 llamando a Enlace *Operación Kasbah*, 001 llamando a Enlace *Operación Kasbah*... ¿Puede oírme?

El silencio vióse taladrado por las señales que a intermitencias emitía el microscópico transmisor de ultra alta frecuencia.

Un «ti-ti-ti-ti»...

Al cabo de treinta segundos, una luz verde se encendió en la capa inferior del anillo.

Y llegó una voz.

—Enlace *Operación Kasbah* a 001, Enlace *Operación Kasbah* a 001...

Le escucho perfectamente. Cambio.

—Debo sustituir a 005. Me encuentro en los muelles de Tánger.

¿Dónde podemos vernos inmediatamente?

—Es peligroso nuestro contacto, 001. De acuerdo con las instrucciones de 000...

—Es vital, Enlace. Debemos vernos con toda urgencia. 000 me ha otorgado completa libertad de acción... Insisto, ¿dónde podemos vernos?

—Correcto, 001. Boulevard Pasteur, 234. «*Whisky a Gogo*». Estaré sentado en la barra dentro de... de quince minutos. Cambio y me retiro de la escucha.

Frankie McCasland pulsó el resorte. Se quitó el anillo, lo hizo saltar en la cuenca de su mano, lo ciñó de nuevo al dedo y acabó por esbozar una sonrisa.

¿Sonrisa?

No era halagüeño ni motivo de hilaridad el pensar que podía ser

convertido en un pequeño muñeco.

Como Donald Farrell,
IS-005.

* * *

—Ponlo sin soda.

El camarero dejó el vaso sobre el mostrador hundiendo en aquél el gollete de una botella de «Spey Royal».

Un «suave» kilométrico.

—Un «Manhattan» —pidió otro de los clientes.

Se extrañó el camarero. ¡Mira que pedir allí semejante porquería! No obstante, lo sirvió sin dilación.

—Dame un paquete de cigarrillos —pidió el del Manhattan.

—¿«Chester», «Lucky», «Philips», «Pall Mail», «Paxton»? Dudó el otro unos segundos.

—¿Tienes «Gold Leaf»? Aquel tipo era cargante.

—Lo tengo, lo tengo. ¿Cerillas también? —Y ante la negativa del cliente, fue en busca de los cigarrillos.

Un periódico había sobre el mostrador entre quien saboreaba el «Manhattan» y quien había apurado su *whisky* de un trago.

Un torpe codazo llevó el diario al suelo. Dos brazos y dos cabezas se inclinaron al unísono.

Se miraron por debajo del mostrador.

—Bien venido, Frankie.

—Me alegra verte, Paul. Aunque las circunstancias...

—Fuera tengo mi coche —cortó el llamado Paul—. Un «Alfa Romeo» descapotable de color gris. Tiéndete en la parte posterior.

—Correcto.

Frankie abonó su consumición saliendo del «*Whisky a Gogo*».

Estaba aparcado en una zona tenuemente iluminada. Caminó hacia el auto mirando a su alrededor con el rabillo del ojo.

Llegó frente al «Alfa Romeo». Otro vistazo.

«Ahora», se dijo.

CAPÍTULO III

Transcurrieron cinco minutos antes de que Paul Drayton, agregado militar de la Embajada de Estados Unidos en Tánger —IS-Enlace *Operación Kasbah*— se acomodara frente al volante de su auto.

Dijo en voz queda, mientras accionaba los mandos:

—No te levantes hasta que te avise.

—Correcto —respondió una voz ahogada, desde el piso de la parte posterior.

El «Alfa Romeo» se puso en marcha bruscamente, ganando velocidad en cuestión de segundos.

Enfiló como una saeta el *boulevard* Pasteur, principal arteria de la moderna Tánger, cruzando la plaza de Francia para torcer, a la izquierda, hacia la avenue d'Alexandre

y por ésta, en cerrado viraje de derecha, pasar a la rue de Siddi Amar.

Hacia las afueras de la ciudad.

Llevaban rodando unos quince minutos, cuando Paul advirtió:

—Ya vale, Frankie.

001 salió de su improvisado escondrijo saltando, en plena marcha, sobre el asiento delantero.

Se acomodó junto a Drayton.

—¿Y bien, Frankie?

Paul mantenía sus ojos en la asfaltada autopista mirando de hito en hito a su compañero.

—Donald Farrell ha sido asesinado.

Una brusca contracción endureció los músculos faciales de IS-Enlace.

—¿Cómo lo sabes? ¿Desde cuándo estás en Tánger? 001 relató

sus vicisitudes.

—¿Entonces...? —vaciló Paul Drayton al término del relato.

—Hay un traidor entre nosotros. Alguien que trabajaba, o lo sigue haciendo, en la *Operación Kasbah* y que se ha vendido al enemigo.

—El enemigo, en este caso, sólo puede ser uno —razonó Drayton—. Se me hace imposible creer en la existencia de un traidor. Excepto lo sucedido a 005 y lo que tú acabas de contarme, nada hace sospechar la existencia... ¡No, no puedo concebirlo! Positivo, Negativo, y Neutro llegaron a la hora prevista con los planos... Sin la más ligera novedad.

—Por eso precisamente he querido verte.

—No te entiendo.

—Positivo, Negativo y Neutro, ¿dónde se alojan?

—En diferentes hoteles. Sólo Negativo ha declarado a su llegada los verdaderos motivos de su viaje como representante e ingeniero de una fábrica de automóviles alemana a la que, como ya sabes, el Gobierno marroquí ha concedido licencia legal para instalar en Tánger una factoría. Los demás, provistos de documentación falsa, han adoptado falsas personalidades.

—¿Cuándo se inician los trabajos?

—El lunes próximo.

—No se iniciarán.

Paul Drayton giró la cabeza sorprendido, descuidando peligrosamente su atención de la autopista.

—¿Por qué?

—Porque hasta que no despeje la incógnita que rodea la muerte de 005 y desenmascare al traidor, no puede empezarse la instalación. ¿Quieres que una vez construida la use el enemigo?

Paul Drayton se mantuvo unos segundos en silencio.

—Pero... —tartamudeó al fin— todo está dispuesto. Se ha contratado la empresa constructora y el personal. —Hizo una pausa, para agregar—: Además, el Gobierno marroquí ha concedido los permisos necesarios para que se empiece el montaje; las fechas de inicio y terminación están ya concretadas. ¿Te das cuenta de que una irregularidad explicada insatisfactoriamente, un retraso no justificado, puede despertar las sospechas del Gobierno y hacer que vuelque su atención sobre nosotros?

Fue 001 quien se encerró ahora en el silencio.

—Lo admito así —dijo al fin—. Pero ¿qué riesgo es peor? Si fracasamos, sólo nos restará la posibilidad remota de «volar» la base. En caso de que estemos vivos, desde luego.

—Entonces... —Drayton esculpía en su rostro la más honda preocupación—, ¿qué piensas hacer?

McCasland pareció reflexionar.

—Primeramente necesito saber dónde se alojan Positivo, Negativo y Neutro.

—¿Sospechas de alguno de ellos?

—Ni siquiera los conozco.

—Toma nota.

—Mi cabeza es un bloc de apuntes estupendo, Paul. Te escucho. Suspiró profundamente el agente enlace. Dijo:

—Positivo: João Gonçalves. Habitación 18, «El Mebrouk», rue Jeanne d'Arc,

163. Negativo: Horts Weizsacker, habitación 35, «El Djenina», rue Grotius, 93. Neutro: Leoforos Gheorghiou, habitación 101, «Three Pelicans», rue Gandhi, 146.

—Correcto —asintió Frankie. Preguntando al instante—: Mavis Beymer está aquí, ¿no?

Drayton cabeceó afirmativamente.

—Como secretaria de la Embajada —agregó—. Pertenece al C. I. A.

y actúa de enlace entre los agentes que trabajan en Europa y los de África y Oriente. Os conocéis, ¿no?

001 esbozó una sonrisa que podía significar muchas cosas.

—Nos hemos visto —musitó con cautela.

—¿Conseguirás resultados positivos antes del lunes, Frankie?

—Eso espero.

—Así se podrá emp...

La palabra murió en labios de Drayton bruscamente.

Sus manos, convertidas en pedazos de corcho, aflojaron la presión que ejercían sobre el volante.

Sus pupilas tornáronse vidriosas y desaparecieron en el fondo de un blanco peligrosamente significativo.

Todo sucedió en segundos.

001 se percató de la anomalía en el momento que el auto, perdida la dirección, corría por la pendiente camino de estrellarse contra el «Austin» que circulaba delante.

—Paul, ¿qué sucede?

La cabeza de IS-Enlace cayó hacia atrás.

Frankie McCasland reaccionó fulminante ante el inminente peligro. Saltó sobre Drayton, cerrando sus manos encima del volante y torciéndolo a la izquierda en el justo instante que ya rozaban el «Austin».

Le fue difícil, con Paul debajo, accionar los mandos de pedal mientras iniciaba el adelantamiento.

Y al punto, de la cerrada curva que se abría a pocos metros, emergió un camión de gran tonelaje a velocidad suicida.

001 comprendió que iban a ser aplastados entre uno y otro vehículo.

En un esfuerzo desesperado consiguió hundir el pie sobre el acelerador al tiempo que cerraba el volante a la derecha, cortando el paso al «Austin», y giraba de nuevo a la izquierda, aumentando la velocidad.

Fue un zigzag mortal.

El «Alfa Romeo» pudo evitar el vehículo que circulaba a su derecha, pero no por entero la embestida del camión que, golpeándolo violentamente por la parte trasera, le hizo patinar y lanzarse como una exhalación camino del terraplén.

Frankie, sentado encima de Paul, despidió su pie contra el freno en fracciones de segundo.

Las ruedas se pegaron al asfalto marcando una raya oscura. Detuviéronse al borde del terraplén, pero la inercia levantó el coche por detrás, le hizo dar dos vueltas de campana y acabó precipitándose al terraplén.

001, sin saber cómo, se vio surcando los aires convertido en un bólido humano.

Y su pirueta, al comprender que iniciaba el descenso camino de la tierra, fue digna del más depurado estilista circense.

Uno de los antebrazos le sirvió de trampolín amortiguando la caída, a la vez que giraba sobre él y entraba de espaldas en colisión con el duro suelo.

Se incorporó de un salto, buscando a Drayton con la mirada.

Un ahogado gemido delató la posición de su compañero. Yacía tendido a pocas yardas del lugar en que el siniestrado vehículo mostraba sus ruedas en alto.

Corrió hacia él y, tomándolo por los hombros, lo arrastró lejos del radio peligroso de una posible explosión.

Lo tendió, despojándole de la chaqueta, y procedió a practicarle la respiración artificial.

El corazón, algo débil, respondía.

Le puso la chaqueta, doblada, debajo de los pies. Y luego, sacando la botella petaca que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, le acercó el gollete a los labios.

Paul tosió, escupiendo parte del líquido. Abrió los ojos con dificultad, mirando inexpresivo a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estoy?

Y de repente, sentándose en el suelo de un brinco, gritó sollozante:

—¡Mavis! ¡Mavis! ¿Dónde estás? ¿Qué te ha ocurrido, mi vida? Luego miró a McCasland como si no le conociese.

Y éste, inopinadamente, soltó dos sonoras bofetadas en el rostro de Drayton.

Cambió la expresión.

—¡Frankie! ¿Qué ha pasado? 001 sonrió afablemente.

—¿Te sucede esto con frecuencia, Paul?

Antes de que respondiera, le ayudó a levantarse.

—Algunas veces... —respondió IS-Enlace, agitando la cabeza de izquierda a derecha—. Desde hace algún tiempo... Me dan extraños mareos sin motivo aparente que los justifique, pero desaparecen con la misma rapidez. Si me da tiempo, suelo tomar un par de aspirinas y me calma enseguida.

—Pues esta vez —aseguró McCasland— no hubieses tenido tiempo de tomar aspirinas. De no ir yo contigo, estarías muerto.

Paul suspiró con tristeza.

—Te debo la vida, muchacho.

Y de repente, 001 soltó una pregunta inesperada.

—¿Qué hay entre tú y Mavis?

Drayton, bastante aturdido todavía, le miró lánguidamente.

—No..., no te comprendo.

—Cuando estabas inconsciente la has nombrado con insistencia

y temor. Creías, por lo visto, que era ella quien iba contigo.

—Simpatizamos —articuló. Y como si aquella conversación se le hiciese enojosa, cambió, preguntando—: ¿Podrá empezarse la construcción?

Era precisamente la pregunta que había interrumpido su desvanecimiento.

—Se empezará —afirmó McCasland, que miraba en torno suyo como si buscase algo. Miró a Drayton fijamente a la vez que agregaba—: Mañana iré a la Embajada. Quiero presentar mis respetos a míster Morrison. Nos conocimos hace un año, cuando el F. B. I.,

recién salido de Quántico, me envió a Tánger en misión de protección. Hubo algunas violencias que perturbaron la sedentaria y diplomática existencia de míster Morrison. No creo que le agrade verme.

—Y a Mavis... ¿le gustará? —inquirió Drayton, recelosamente.

—Puedes estar tranquilo. Jamás me entrometo en la vida privada de mis compañeros, y menos ahora que tengo algo mucho más importante de que preocuparme.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. Pero sólo dispongo de tres días si no quiero apelar al recurso de destruir la base. ¿Entiendes?

—Si el momento llega, será la única solución.

—No me gusta el papel de saboteador.

Mientras hablaban, habían caminado por un pequeño sendero que ascendía del terraplén hasta la carretera.

Al borde de ésta, dijo McCasland:

—Tú, Paul, seguirás en tu misión como hasta ahora. Exactamente igual que si nada hubiese ocurrido.

—Correcto.

—De haber novedades, me pondré en contacto contigo.

—Bien. ¿Qué hacemos?

—Procurarnos un sistema para llegar a Tánger antes de la madrugada. El único sistema era emplear el universal lenguaje de «auto-stop».

Dedos cerrados y pulgar en alto señalando la carretera.

Hubo suerte.

Un turismo suizo accedió a llevarles.

Frankie McCasland consultó su reloj.

Las cinco de la madrugada quedaban atrás. Y los albores del día que empezaba a nacer despuntaban ya por el horizonte.

Desde una calle vecina contempló el granítico bloque que se ubicaba en el 146 de la rue Gandhi.

Hotel «Three Pelicans». Habitación 101. Neutro: Leoforos Gheorghiou. El último de sus objetivos en aquella madrugada.

En los dos anteriores había tenido más suerte. Ya que las habitaciones 18 y 35 de los hoteles «El Mebrouk» y «El Djenina», respectivamente, resultaron dar al exterior.

Trepar por los tubos del agua provisto de sus guantes y zapatos especiales, había resultado un juego de niños.

Pero esta vez, tras cerciorarse por teléfono, un tanto sospechosa su pregunta, de que la habitación 101 era interior, las dificultades aumentaban.

Un riesgo ineludible que debía correr forzosamente.

Tiró el cigarrillo que mantenía entre sus labios y cruzó la calle caminando decidido en dirección al «Three Pelicans».

Salvó la puerta en dos zancadas y caminó hacia el «comptoir» a través del amplio y suntuoso vestíbulo.

Un tipo de ojillos porcinos y rostro verde oliva trató de sonreírle.

—Bien venido, *monsieur*.

—¿Dispondré de un buen baño caliente? —preguntó 001, con aspecto severo y tono autoritario—. ¡Porque un maldito taxista me ha llevado a una pocilga en la que no hay ni agua! ¿No me oye?

—*Oui, monsieur*. Todas las habitaciones disponen de baño doble con agua fría y caliente. ¿Su nombre, por favor?

—Míster Lawrence Stockbridge, descendiente de una familia cuyos miembros masculinos han tomado asiento, todos sin excepción, en la Cámara de los Lores. Puede anotarlos así, si quiere.

—Mis respetos, míster Stockbridge —repitió el empleado, en dudoso inglés.

Estaba acostumbrado a recibir tipos estrafalarios y uno más no era motivo para alarmarse.

001 sonrió interiormente.

—Habitación 123, míster. ¿Quiere firmar aquí, por favor?

Frankie garabateó una firma ilegible en el libro de registro.

—¿Su equipaje, *monsieur*? —preguntó un botones que habíase acercado en aquel instante.

Frankie miró al de los ojos de cerdo.

—Lo tengo en esa inmundia porqueriza... ¡Puaf, basura! Por la mañana daré orden de que pasen a recogerlo.

—Como usted guste, *míster* —sonrió el del «comptoir».

Cinco minutos después, Frankie McCasland, alias Lawrence Stockbridge. IS-001 para Washington, quedaba cómodamente instalado en la habitación 123 del hotel *Three Pelicans*.

Y ya sabía que la 101 quedaba en la segunda planta. Dio un vistazo a los extremos del pasillo.

No se veía a nadie, y tampoco ruido alguno hacía presumir la presencia inesperada de alguien.

Los zapatos de McCasland, silenciosos merced a la tupida recubierta de caucho, se hundían muellemente sobre la no menos tupida alfombra.

Se detuvo frente a la habitación señalada con el 101, aplicando una oreja contra la hoja de madera.

Silencio absoluto.

Rápidamente extrajo un estuche plano del bolsillo secreto de su americana, y de aquél, dos utensilios de metal que eran delgadas láminas.

Los aplicó a la cerradura. Ni veinte segundos tardó en abrir la puerta.

Se coló en la habitación, cerrando sigilosamente tras sí.

Las alfombras allí eran igual o más tupidas que las del pasillo, y ello hizo que 001 caminara con toda tranquilidad.

Cruzó el *living* y se encontró en una de las tres piezas que formaban la habitación. Era ésta la sala de estar, sala de fumador o como quisiera llamársele.

A la izquierda, entornada, se veía la puerta del dormitorio.

Frankie se acercó hasta ella atisbando con la cabeza por el espacio abierto. Percibió con claridad la acompasada respiración de alguien que dormía profundamente.

Volvió sobre sus pasos centrando la atención en la mesita que ocupaba el teléfono.

Se arrodilló, estudiándola por debajo.

—No veo un sitio mejor —musitó para sí.

Sin pensarlo más sacó del bolsillo del pantalón un pequeño envoltorio.

Una pieza de proporciones rectangulares que protegía con suave gamuza.

Trabajó en la base interior de la mesita colocándole a la madera unos ganchos diminutos que segregaban materia adhesiva.

Luego clavó contra los ganchos la placa rectangular, asegurándose de que no rozaba en la madera y de que la sujeción era perfecta.

Hizo oscilar la mesa con resultado satisfactorio.

—De ti depende mi éxito —bromeó, quedamente. Y así era, en verdad.

Aquellas placas, metálicas en apariencia, eran el resultado de una serie de aleaciones que tenían como base cintas de uranio.

Estaban dotadas de una hipersensibilidad magnética que, como un imán, atraía hasta el siseo de una mosca al volar, para luego, por medio de ondas hertzianas, reflejarlo en una frecuencia de 30 megaciclos sobre un receptor de igual naturaleza.

Un sistema de escuchar —como hubiese dicho Alexis H. Drake— sin el empleo de cables enojosos.

Frankie, consciente del riesgo que corría, se retiró apresuradamente.

Ya en su habitación, la 123, que sí era exterior, se dijo que iba siendo hora de retirarse a descansar.

Pero en el «Pasadena», que era realmente donde habíase alojado McCasland a su llegada a Tánger.

Allí podría darse un buen baño.

001 salió al balconcillo, se encaramó a la baranda, alcanzó una de las cañerías y descendió como un felino.

Ya en tierra, dentro del jardín, pequeño pero reducido, se frotó los guantes suavemente.

Alcanzó la rue Gandhi segundos después y detuvo un taxi.

—Route de Tétouan, 198 —indicó al taxista. Y empezó a dormir.

CAPÍTULO IV

El «Pasadena» era un hotel lujoso, confortable, con habitaciones espaciosas, de agradables vistas y estupendos cuartos de aseo.

Con magnificas duchas de agua fría y caliente.

Frankie McCasland, toalla al cuello y jabón en ristre, penetró en el baño. Y en la puerta, clavado, inmóvil, se envaró contemplando la escena.

La mujer estaba rígida. Espantosamente rígida.

Con esa rigidez que la muerte otorga a los cadáveres.

Una daga de mano con pequeñas incrustaciones asomaba por debajo de sus senos a la altura del corazón.

Tendida sobre los blancos baldosines del baño, sin ropa y expresando su rostro la tranquila serenidad que Frankie le descubriera en Sidi Jali, 38.

¡Güicha Ben Abselam!

¿La habían asesinado allí? ¿La habían llevado a la habitación una vez muerta?

Frankie salió de su inmovilidad arrojando la toalla al otro extremo. Un sentimiento de rabia e impotencia rugió en el interior de su pecho.

Se inclinó sobre la desgraciada.

Güicha había querido decirle algo; algo que no se había atrevido a decir en presencia del gigantón.

¡Qué estúpido, qué torpe! Debía haber «atornillado» al fulano de los bombachos verdes hasta hacerle «cantar». Su prisa por ver a IS-Enlace...

Era muy posible que aquel tipo supiese algo. Y también Güicha. ¿Por qué la habían asesinado, si no?

No adelantaba nada.

Por inhumano que pareciese, tenía que deshacerse del cadáver a toda prisa. Si lo descubrían allí y la Sûreté Nationale du Maroc empezaba a formularle preguntas, estaba listo.

No lo pensó más.

Dominando sus sentimientos, fue en busca de unas sábanas para envolver el cuerpo de Güicha.

Luego, jugándoselo todo a una carta, salió al pasillo con el cadáver en brazos.

La suerte fue más que beligerante con él.

Avanzó por el pasillo hasta detenerse frente a la puerta del cuarto donde las mujeres de la limpieza guardaban sus utensilios.

Se coló dentro de la habitación y depositó allí el cadáver. Salió inmediatamente, regresando a su cuarto.

Sudaba; sudaba copiosamente. De rabia y angustia.

Las cosas se estaban complicando por momentos sin que todavía acertase a comprender nada.

Al cerrar la puerta y dar unos pasos hacia el centro de la sala, Frankie McCasland,

IS-001,

creyó que acababa de volverse loco.

Allí, a cinco yardas, frente a él, estaba Güicha Ben Abselam.

¡Viva, de pie, mirándole fijamente con sus intensos ojos verdes!

Se pasó una mano por los ojos, restregándoselos furiosamente.

¡Seguía de pie, estática, impertérrita, sin moverse!

Y junto a ella, a derecha e izquierda, un par de individuos que rozaban los dos metros, se mantenían hieráticos, mudos e inexpresivos, con los brazos cruzados y apretados sobre el torso.

Nada bueno presidía la escena y algo siniestro presagiaba tanta inmovilidad. McCasland dio un paso adelante, diciendo:

—No los conozco. ¿Puede saberse qué buscan en mí habitación?

Ella, que vestía un pantalón rojo muy ceñido a las rotundidades de su cuerpo espléndido y una blusa de gasa negra anudada por los extremos con subyugante negligencia, respondió en inglés perfecto:

—Buscamos un cadáver.

¡No! ¡Aquella no era la voz de Güicha! ¿Entonces? Brilló una luz en el cerebro de 001.

—¿Eres hermana de Güicha?

—Me llamo Sóhora Ben Abselam —habló, inflexiva—. ¿Dónde

has escondido su cuerpo?

Frankie avanzó, despacio y decidido, hasta quedar a un paso de la mujer. La tomó por los hombros, suave y firme a la vez, sin que ella hiciera nada por impedirlo.

—Debes creerme, Sóhora —anunció, mirándola fijamente—. Yo no la he matado.

Así, de cerca, sus facciones aventajaban a las de Güicha en perfección y armonía.

Una muchacha extraordinariamente bella. Orientalmente bella.

No podía existir otra de tan hermosa. No podía haber en el mundo otra belleza tan serena, tan misteriosa, tan profunda, tan dulce, tan fresca y suave.

—Si no la has matado —habló, moviendo la roja curva de sus labios—, ¿por qué ha venido a verte?

—Lo ignoro. Nos vimos ayer por la noche en rue de Sidi Jali, 38.

¿Conoces esa dirección?

Ella quedó en silencio unos instantes.

Los dos fulanos, que tenían trazas de eunucos, permanecían estáticos.

Como un par de impresionantes y aletargadas serpientes.

—¿Qué hacías tú en rue de Sidi Jali?

—Buscar un amigo.

—¿Americano?

—Sí.

Sóhora dio un significativo vistazo a sus guardaespaldas. Y ambos, sin decir palabra, tomaron camino del balcón y desaparecieron por él.

—Te creo —dijo la muchacha.

Un interior suspiro de satisfacción escapó en labios de Frankie.

—¿Dónde está el cuerpo? —inquirió Sóhora a continuación. Y dando un vistazo hacia atrás, agregó—: Ellos lo sacarán.

001 dijo el lugar improvisado en que había escondido el cadáver. Sóhora caminó hacia el balcón, cruzando con los que allí aguardaban unas palabras en marroquí.

Volvió junto a McCasland.

—¿Quién eres?

—Frankie McCasland es mi nombre. ¿Quieres sentarte? Lo hicieron en un sofá, mirándose uno a otro intensamente.

—¿Qué haces en Tánger?

—Buscar a un compatriota.

—Que muy bien sabes... está muerto.

001 se sorprendió visiblemente. Dejó de contemplar a Sóhora como mujer para estudiarla con profesional atención.

—¿Quién eres tú, Sóhora?

—Eso no importa. Ha de bastarte saber que estoy contigo.

Extraña mujer. De gran personalidad. Una mujer que hablaba del cadáver de su hermana sin derramar una sola lágrima.

Sin expresar un sentimiento.

—Güicha conocía la identidad de la persona que asesinó a tu amigo. Por eso vino a verte. Todos hemos llegado tarde para impedir que la mataran.

—¿Y el tipo que estaba con ella en rue de Sidi Jali?

—Muerto también. Eso me hizo comprender que Güicha corría el mismo peligro. Sois muy temerarios los americanos.

Las últimas palabras, en brusco cambio de conversación, ocultaban una intención muy significativa.

—No te entiendo.

—¿Qué ocurrirá si el Gobierno de mi país se entera de lo que pretendéis hacer?

001 se quedó mudo de asombro.

¿Sabía ella...? Al menos, así lo demostraban sus palabras.

—Sóhora, he conocido cientos de mujeres, pero ninguna como tú —musitó Frankie—. Ninguna tan misteriosamente hermosa como tú.

La vio sonreír ahora. Una sonrisa burlona, diríase que hasta experta.

—Yo sí he conocido en Europa hombres como tú. Cada vez que uno pronunció esa frase, se preparaba para besarme. ¿He de resistirme... o prefieres que me rinda entre tus brazos?

El nada dijo.

—Tendré que ser yo quien te bese.

Sóhora Ben Abselam rodeó la nuca de Frankie con sus manos de piel suave. Cosquilleó con sus dedos menudos.

Lo atrajo hacia sí y posó sus carnosos labios en los de él.

—Es una lástima que no pueda enamorarme de ti —dijo ella, separándose con rítmico jadeo.

Se puso en pie.

—*Salam*, Frankie.

Y sin que 001 tuviese tiempo de impedirselo, caminó silenciosamente hacia el balcón sobre la puntilla de sus dorados mocasines.

Se volvió, no obstante, para decir:

—Tu secreto está en buenas manos. Quizá volvamos a vemos...

¡Suerte!

Y desapareció.

Los agentes del *Intelligence Service* norteamericano estaban preparados para arrostrar las misiones más difíciles.

Se les adiestraba concienzudamente en el moderno arte de la guerra silenciosa dotándoles de toda clase de ingeniosos recursos y de los últimos ingenios que salían de unos laboratorios secretos y varios centros de investigación que, día y noche, trabajaban exclusivamente para aquel organismo. Pero no se les había advertido la existencia de mujeres como Sóhora Ben Abselam.

IS-001

apoyó los codos en las rodillas, abrió las manos y dejó caer la cabeza.

¿En qué pensar?

Saltó del sofá como si le hubiera picado una víbora.

Un suave zumbido pulsaba el ámbito de la estancia. Y al parecer, procedía del armario que había en el fondo.

Hacia él habíase precipitado 001.

Con movimientos centelleantes sacó de aquél un pequeño maletín de viaje que abrió al instante.

Insospechadamente, apareció en el interior una pantalla televisiva de siete pulgadas. La antena se disparó automáticamente. El zumbido se acusó, y tras accionar Frankie los controles, empezó a tomar forma hasta convertirse en palabras perfectamente audibles.

La imagen cobró brillo hasta estabilizarse. Se oyó claramente:

—Copia 2 llamando a Coordinador, Copia 2 llamando a Coordinador...

Aguardo instrucciones. Cambio y permanezco a la escucha.

En la pantalla, Frankie McCasland contempló el rostro del hombre que se llamaba Horts Weizsacker.

Veía sus labios muy cerca de los flotantes rodillos de una

máquina de afeitar, los cuales giraban de izquierda a derecha con lentitud.

—Coordinador a Copia 2, Coordinador a Copia 2... Se le dijo que recibiría instrucciones, no que debía solicitarlas. Las órdenes al respecto eran tajantes y concretas. ¿Quiere echarlo todo a rodar? No vuelva a comunicar, es posible que lo tengan vigilado. Cambio y corto.

Se esfumó la voz.

Frankie cerró los controles y camufló de nuevo el televisor.

Antes de lo esperado, su trabajo empezaba a rendir los apetecidos frutos.

La clave que Horts Weizsacker recibiera de Washington para desempeñar su misión en la *Operación Kasbah*, era simplemente: Negativo.

Comunicar sólo podía hacerlo con el agente Enlace, o con 000.

¿Qué significaba, pues, Copia 2 y Coordinador?

Para 001, el significado estaba claro. Meridianamente claro. Había que pensar, mucho que pensar.

Desde dos hombres metidos en un frigorífico —pasando por el rostro que se ocultaba tras una máscara de goma, los mareos de un hombre clave llamado Paul Drayton, el misterioso asesinato de una mujer llamada Güicha, y la no menos misteriosa intervención de Sóhora— hasta un ingeniero alemán que estaba traicionando el proyecto más ambicioso de toda la historia moderna.

En todo aquello estaba la clave.

Tuvo un fugaz pensamiento para 005. Convertido en un muñeco. ¿Y él?

* * *

Mavis Beymer era un conglomerado explosivo de exuberantes atractivos.

Un modelo impresionante de mujer. Algo fuera de serie, de un calibre que escapaba a lo conseguido hasta la fecha por los de balística.

De pie como estaba ahora, ladeada, mostrando el firme perfil de su busto erecto, ampuloso y bien contorneado, hubiese hecho suspirar a más de un productor en Hollywood.

La cascada color ceniza de su abundante y suelta cabellera, caía en descuidado y atractivo desorden sobre los desnudos hombros, tersos y suaves, como manantial chispeante de espumosos destellos.

Parcelada por hebras verdosas, diamantinas, rojas y negras.

Su cuerpo esbelto, maravillosamente definido y deliciosamente torneado, era fruto de un depurado trabajo escultórico.

La cintura estrecha, flexible y cimbreña como el tronco de una palmera, unía el esplendor de su busto palpitante con la redondez geométrica de sus caderas cadenciosas.

Bajo ellas, dos piernas de trazo ágil y perfecto curvadas magistralmente hasta unirse con el tobillo.

Fuera de mejor explicación. Sin posible calificativo.

Frankie McCasland evocó recuerdos mientras la contemplaba en silencio sin delatar su presencia.

A los del

C. I. A.,

en Washington, se les debía caer la baba cada vez que la contemplaban.

Y a los del I. S. cuando pensaban que habían dejado escapar aquel pedazo de oro en barra de muchos quilates.

Lógico que Paul Drayton estuviese loco por ella.

—¿Se puede ver al embajador?

—Ha salido hace...

Había girado sobre los altos y agudos tacones.

—¡Frankie! —reían sus ojos, reía su boca, temblaba su cuerpo—. ¡No es verdad, dime que no es verdad! ¡Frankie! ¿Tú aquí?

Mavis Beymer corrió a cobijarse entre los brazos del hombre. Uniéronse en estrecho abrazo que ni el recuerdo de Drayton fue capaz de impedir.

Porque McCasland había pensado en él. Mavis no.

El tibio contacto de su cuerpo vació el pensamiento de Frankie. No se podía pensar ahora.

Todo se olvidaba.

Problemas, preocupaciones, misterios, misiones... se reducían a polvo. La realidad sólida y tangible de aquella mujer palpitante que transmitía de forma electrizante el vital ardor de su naturaleza, ahogaba cualquier pensamiento y daba paso a uno solo.

A un peligroso pensamiento.

—Frankie... —musitó, besándole apasionadamente—. He aguardado este momento con tanta ilusión que me parece imposible que se haya convertido en realidad... ¡Tú aquí, a mi lado de nuevo! Frankie...

—¿Sí, querida?

—Prométeme que no volveremos a separarnos, que no volverá a suceder lo de

Hong-Kong...

¡Quiero oír de tus labios esa promesa!

Sintió un vacío en todo su cuerpo. Luego, una lucha de instintos, de sentimientos.

Y una imagen, empujando poderosamente desde el fondo de su cerebro: Sólo ahora Ben Abselam.

¿Por qué?

—Te lo prometo. —Y sabía que estaba mintiendo.

Se deshizo el abrazo. Vio clavados en los suyos los grises ojos de la muchacha.

Sintió los dedos de ella jugar con los indómitos rizos que caían sobre su frente.

La oyó murmurar:

—No has cambiado, Frankie. Sigues igual que entonces. ¿Sientes también lo que entonces?

Un amor fugaz, nacido y muerto al cobijo del enigmático ambiente de un país seductor.

¿Muerto para ella?

—Ha transcurrido mucho tiempo, Mavis. Debes comprender...

—Un año... ¿Es para ti mucho tiempo? Me has hecho una promesa. Frankie calló ahora.

—¿A qué has venido?

—Otra misión. No conseguiría engañarte si dijera que a verte. Un mohín de tristeza curvó los golosos labios de Mavis.

—Tu amor por mí se redujo a unos minutos de intimidad efímera entre el silencio de cuatro paredes. ¿No, Frankie?

—Son términos muy duros, Mavis. Tú vives la misma vida que yo en el mismo mundo, y por ser mujer, debes comprender mejor que yo. Paul Drayton, ¿no has pensado en él? Sé que te ama. Puedes ser feliz fuera de este mundo, convertida en una amante esposa que adore a sus hijos. Paul se casaría contigo mañana mismo. ¿Algún

futuro mejor, Mavis?

Forzó una sonrisa.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—He visto a Paul.

—No me lo ha dicho.

—Ha sido esta madrugada. Y estamos vivos por verdadero milagro. Se alteró la respiración de ella.

—¿Qué ha pasado?

Frankie se dejó caer en una silla. Relató someramente lo sucedido.

—Cuando un hombre inconsciente pronuncia el nombre de una mujer con el acento que Paul pronunciaba el tuyo...

—Es que está enamorado —interrumpió Mavis. Para agregar—: Y cuando una mujer no puede obligar a su corazón a que ame a ese hombre, es porque ama a otro.

McCasland se sintió incómodo. No debía haber ido a la Embajada. Aunque lo de charlar con Morrison, pese a que no le desagradaba la idea de hacerlo congestionar, no pasaba de ser una excusa.

Él había acudido en busca de Drayton.

—Esos mareos no dejan por ello de preocuparme —dijo Mavis Beymer, rompiendo el tenso silencio—. Aprecio a Paul como un amigo, y por no entristecerlo, accedo a salir con él en ocasiones. De un tiempo a esta parte, lo he visto marearse de esa forma dos o tres veces. Sin beber, sin nada que los justifique. ¿Crees que pueda estar enfermo?

—Quizá... Preguntó Mavis:

—¿Está tu misión relacionada con la de Paul?

—En cierto modo —soltó, cauteloso.

Un silencio tan agobiante como el anterior.

—Saludaré a míster Morrison en otra ocasión —dijo Frankie, poniéndose en pie—. ¡Ah! —exclamó, caminando hacia la puerta—. ¿Puedes decirme dónde vive Paul?

Ella inclinó la cabeza.

—Rue Josaphat, 235. ¿Vas a verle?

—Sí. Quiero cerciorarme de que se ha repuesto.

Dio un paso Mavis. Se detuvo repentinamente. Orgullosa. Herida en su dignidad. Preguntó, tratando de ahogar el sentimiento que

vibraba en su voz:

—¿Te marchas, Frankie? Así, sin...

Se encontraron en mitad de la estancia. Avanzaba ella y retrocedía él. Unieron sus labios en nostálgico adiós.

—Nos veremos, pequeña.

CAPÍTULO V

Rue Josaphat, 235.

Una construcción de dos plantas rodeada por un pequeño jardín, con arbustos y palmeras que unían sus penachos para formar una glorieta natural, cobijo de frescor y albergue de penumbras, apareció frente a los ojos de McCasland.

Caminó por el sendero de grava, salvó los peldaños que conducían al porche y oprimió el zumbador que había en el centro de la puerta.

Transcurrido un lapso prudencial de tiempo, nadie respondió a su llamada.

Insistió.

Idéntico resultado.

Probó la puerta, percatándose de que estaba cerrada.

Saltó al jardín, corriendo paralelo al edificio mientras estudiaba cuidadosamente cada una de las ventanas.

Forzó la penúltima de abajo saltando dentro de la casa.

Tras recorrer la planta baja sin hallar anomalía alguna, subió al piso de arriba por la espiral de madera que iniciábase a un extremo del vestíbulo.

Una puerta que correspondía al despacho. Otra que daba acceso al cuarto de aseo y los servicios. La tercera dejaba ver el dormitorio...

—¡Santo cielo! —exclamó McCasland desde el umbral.

Paul Drayton, IS-Enlace de la *Operación Kasbah*, se había repuesto definitivamente de su mareo.

Y no volvería a marearse.

¡Porque le habían cortado el cuello!

Era monstruoso, impresionante, irreal, nauseabundo y

deprimente, contemplar un ser humano en aquel estado.

Tendido sobre la cama. Fuera de ella la cabeza. Oscilando macabramente de los tejidos que la unían al tronco y que parecían poder romperse de un segundo a otro.

Debajo, empapando la estera, un charco de sangre que empezaba a coagularse.

001 permanecía inmóvil en el umbral.

Sintiendo que le acometían agónicas arcadas. Creyendo que su estómago había subido hasta pegársele a los labios.

—¿Por qué Paul, por qué? —musitó débilmente.

Aquella operación ultra secreta había dejado de serlo para convertirse en un horrible *rally* de crímenes.

El fugado del Soviet, 005 Donald Farrell, Güicha Ben Abselam, IS-Enlace Paul Drayton...

Otro a quien nadie reclamaría.

Y ahora, ni siquiera habían tomado la precaución de meterlo en el frigorífico para reducir su tamaño, lo que demostraba claramente que nada les importaba, que en nada repararían para conseguir el logro de sus propósitos.

¿Dónde confluía aquel mar de sangre?

Avanzó, dominando su excitación, hacia el centro de la estancia. Rodeó la cama y clavó sus ojos en el cadáver.

Estaba en mangas de camisa y arremangadas aquéllas por encima de los codos. Un detalle sin importancia que le hizo reparar en otro.

Puede que insignificante. Para 001, sin embargo, muy significativo.

Las venas de los antebrazos de Drayton estaban muy acusadas; casi a flor de piel. Y en el curso azulado de las arterias distinguíanse unos puntitos rojos, muy seguidos y abundantes, que en algunas zonas tomaban un tono morado.

Parecían diminutos hematomas.

Pero Frankie McCasland, cuyo cerebro trabajaba vertiginosamente ajeno al horroroso hallazgo, dio al momento con la explicación.

Aquellos puntitos habíanse producido como consecuencia de una frecuente introducción en las venas de agujas hipodérmicas.

¿Por qué y para qué tantas inyecciones intravenosas?

Un rayo de luz, débil al principio, terminó por inundar su pensamiento con diáfana claridad.

Aquello era la explicación a muchos puntos oscuros. Alzó la cabeza mirando alrededor.

Entonces vio McCasland a los tres individuos.

A los que iban a matarle. Enormes, simiescos, sombríos, lúgubrementes rígidos. Empuñando tres agudas dagas.

Iguales a la que habían incrustado en el pecho de Güicha.

—¡Vas a morir, extranjero! —rugió ferozmente el que estaba en el centro.

Avanzaban en mortal semicírculo.

001 comprendió que se trataba de una lucha desigual con tres vencedores y un perdedor.

Vio venir al que había hablado.

La daga centelleó en el aire. Y en lugar del pecho, buscó en siniestro zigzag la garganta de McCasland.

Venían advertidos.

001 brincó ágilmente por encima de la cama escapando por milímetros al impacto desgarrador del acero.

El de la derecha dio unos pasos hacia el claro que quedaba entre cama y pared para cortarle la retirada.

Sonrió sádicamente.

—¡Miedo, tú tienes miedo!

Los otros dos habíanse colocado tras él.

001 levantó el brazo derecho agitándolo en el aire, de abajo arriba, ante el asombro de los asesinos.

Sin hacer nada por defenderse.

Entonces, los tres a una saltaron sobre él.

Y en el preciso instante que creían alcanzarlo, una nube de espeso humo brotó por una de las mangas de Frankie llenando la habitación en cuestión de segundos.

Un humo denso que se filtraba en los ojos, produciendo un escozor insoportable.

Sonaron gritos y maldiciones en lengua árabe.

001, que habíase calado unas gafas opacas que se cerraban por los lados protegiendo la vista herméticamente, contempló sin que el humo se lo impidiera cómo soltaban las dagas y empezaban a frotarle los ojos con desespero.

El que estaba frente a él, ofrecía su abdomen prominente en apetitoso primer plano.

Frankie estampó allí su puño violentamente. Se dobló al tiempo que 001 blandía el canto de la diestra sacudiéndole en la nuca un golpe seco y demoledor.

El otro, que retrocedía sin dejar de restregarse los ojos, se sintió cazado por las piernas y volteado en el aire. Dio dos vueltas completas hasta entrar en barrena contra el suelo produciendo un chasquido macabro.

El tercero emprendía la huida.

Unas zarpas poderosas se enroscaron en su cuello cuando alcanzaba la puerta y tiraron de él hacia atrás.

Vio un bulto oscuro que subía desde abajo para empotrarse en su rostro, hacerle trastabillar y retroceder hasta chocar con la pared.

Ciego, rebotó en aquélla, volviendo hacia adelante.

Una maza que se incrustó en su estómago le detuvo con agónico boqueo, y al instante, otra maza de igual potencia le sacudió un par de impresionantes trallazos en mitad de la cara.

Giró sobre sí mismo y acabó por apelotonarse en tierra.

La nube de humo se desvaneció a los pocos instantes. Con igual rapidez que había aparecido.

001 se quitó las gafas.

—Ellos no saben nada, Frankie —dijo una voz desde la puerta.

001 alzó la cabeza. Miró asombrado el bello misterio que flotaba en el rostro de Sóhora.

Con su blusa de gasa, con sus pantalones rojos.

—¿Qué haces aquí?

—Velar por ti.

Entonces se percató de la presencia del par de eunucos.

—Has dicho que no saben nada. ¿Qué sabes tú?

—Que te seguían para matarte desde el momento que saliste de la Embajada de tu país. Trabajan para un hombre llamado Hassan Naguib. El recibe encargos de «liquidar» y manda a sus secuaces.

—Una agencia de criminales, ¿no?

—Exacto.

—¿Debo confiar en tus palabras?

—Como yo he confiado en las tuyas —respondió Sóhora, con

enigmática sonrisa—. Un truco muy práctico ese del humo. Lo has empleado en el momento que íbamos a intervenir.

Sóhora se acercó a él.

—Si de veras estás conmigo, necesito que me ayudes —habló Frankie, mirándola intensamente—. ¿Puedo contar contigo?

—Puedes,

IS-001.

McCasland había llegado a la cúspide de sus sorpresas.

—Renuncio a preguntarte cuál es tu medio de información y a quién sirves, si es que sirves a alguien. Espero que algún día me lo digas tú misma.

—Puede que así sea. ¿Qué quieres que haga?

—Mira el hombre que está tendido en la cama.

—Lo conozco. Es el que mató a tu amigo en rue de Sidi Jali, 38. 001 abrió los ojos.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Mi asombro no es extraordinario porque temía algo parecido. Tú debes conocer algún médico, ¿no? Un hombre discreto que sea capaz de efectuar una autopsia.

—¿Quieres saber qué le inyectaban?

Sóhora sonreía cada vez que observaba el desconcierto de Frankie.

—Sí.

La muchacha se volvió hacia los gigantes que formaban su guardia personal, indicándoles en su lengua que recogieran a los tres individuos que habían atacado al americano.

Luego, mirando a Frankie, dijo:

—Deja eso de mi cuenta. Ya te comunicaré los resultados.

Los eunucos arrastraban a sus compatriotas como lo hubieran hecho con sacos de patatas.

Les dejaron solos.

—Sóhora —musitó 001—, eres lo más hermoso que mis ojos han contemplado. No me importa tu misterio, no quiero saber quién eres. Te quiero a ti.

—Te mientes y me estás mintiendo, Frankie. Si coronas tu misión con éxito volverás a tu país sin acordarte de que existe Tánger, ni una mujer llamada Sóhora. Me estás rodeando de una

aureola enigmática y te empeñas en verme como una sombra romántica de *Las Mil y Una Noches*. Cuando se desvanezca el enigma, habré muerto para ti.

Él se resistió.

—Tú vivirás siempre en mi memoria... Tu recuerdo será perenne.

—Todo en la tierra es perecedero. Hasta el amor.

La atrajo hacia sí. Buscó sus labios cálidos, temblorosos, palpitantes de vida y ardor.

La estrechó contra su pecho en medio de un beso prolongado.

—¡Vete, Frankie! —jadeó ella—. Vete, si quieres que te ayude.

—Tienes miedo, Sóhora —habló Frankie, apasionado—. Temes enamorarte de mí, ¿no es verdad?

Dio un paso hacia atrás.

—Vete.

Al apartarse ella vio la cabeza que colgaba siniestramente. La de un hombre que también había amado.

Sí, Sóhora tenía razón.

Había llegado el momento de actuar. Tenía una pista. Un solo cabo para desenredar la madeja: Copia 2.

Cuarenta y ocho horas le separaban del lunes. Y del éxito. O la catástrofe.

Y allá en Washington, un hombre confiaba en él.

¿Qué era el amor comparado con la importancia de su misión? Nada.

—*Salam*, Sóhora.

—*Salam*, Frankie.

* * *

Se cubría el rostro con ambas manos. Horrorizada. Mordiéndose las uñas con desespero.

—¿Por qué, Frankie? —sollozó—. ¿Por qué han hecho eso con él? McCasland acarició suavemente los cabellos de Mavis.

—Me imagino que tú ya sabes cuál era la misión de Paul, ¿no?

—Algo me había dejado entrever.

—El enemigo utilizaba a Paul. Mavis saltó de la silla.

—¡No es cierto! —jadeó con ojos brillantes—. ¿Cómo te atreves

tú a decir eso?

—He dicho que lo utilizaban, Mavis. No que fuera un traidor. Le miró con expresión ausente. Sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Lo drogaban. Para sacarle información y...

001 cortó la frase dejándola sin acabar. Le dolía decir que Paul Drayton, cierto que en contra de su voluntad y ajeno a su conciencia, habíase convertido en un asesino.

Había matado a uno de sus compañeros:

IS-005.

—¿Qué ibas a decir?

—Que le hacían actuar bajo los efectos de un estado podríamos decir hipnótico.

—¡Es horrible... horrible, Frankie!

—Lo es porque nos atañe. Pero en nuestro mundo, tú lo sabes, esto sucede a diario.

—¿Y ahora?

—Necesito que me ayudes, que hagas lo que debía hacer Paul. Nadie mejor que un miembro del

C. I. A.

para colaborar.

—Sabes que estoy contigo. ¿Qué debo hacer? Frankie sacó una foto y la tendió a Mavis.

—¿Lo has visto alguna vez? Negó ella con la cabeza.

—Se llama Horst Weizsacker. Obvio que es alemán. Se encuentra alojado en el hotel «El Djenina», habitación 35. Eso está en rue Grotius, 93. Vas a ir a esa dirección y te apostarás en un lugar desde el que domines la puerta. Yo, entretanto, me encargaré de hacer que se mueva. Síguelo cuando salga, y una vez segura de que ha llegado a su destino, me telefoneas al «Pasadena» y abandonas la vigilancia. ¿Entendido?

Se limpió unas tímidas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Perfecto. ¿Te pondrás luego en contacto conmigo?

—Cuando haya terminado..., si estoy vivo. Se abrazó a él.

—¡Frankie! Si te ocurriera algo a ti, no lo resistiría. Júrame que no te arriesgarás inútilmente, ¿me oyes?

La besó.

—Prometido.

Frankie McCasland corrió el seguro de la puerta.

Dirigiéndose al armario, sacó de él un pequeño maletín. Lo abrió y puso en marcha el televisor portátil.

Seguidamente hizo funcionar su anillo. Esperó a que brillara la luz roja.

—IS-Enlace llamando a Negativo, IS-Enlace llamando a Negativo...

¿Está a la escucha?

Brilló la luz verde.

Y al instante, la imagen de Weizsacker se dibujó en la pantalla. Pegando sus labios ahora a la esfera del cronómetro que llevaba en la muñeca.

Era curioso el sistema empleado por 001.

Le hablaba al alemán por medio de su micro transmisor-receptor encajado en el interior del anillo, y aquél por medio del cronómetro hacía lo propio, ignorando, desde luego; que su imagen y sus palabras eran registradas a la vez por la lámina de uranio que emitía ondas hertzianas.

Imposible de creer, pero cierto.

—Negativo a IS-Enlace, Negativo a IS-Enlace... Permanezco a la escucha.

—Oiga con atención, Negativo. Coordinador me ordena diga a Copia 2. Coordinador me ordena diga a Copia 2, que hay cambio en las instrucciones. Reúnase con Coordinador en lugar indicado. ¿Ha comprendido?

Unos segundos de silencio.

—He comprendido, IS-Enlace. ¿Debo avisar a Copia 1 y Copia 3?

001 soltó un respingo. Aquello era inesperado. No obstante, reaccionó en décimas de segundo.

—Se supone que lo debe hacer, Copia 2. Corto. La imagen desapareció al cesar la voz.

Frankie McCasland devolvió el televisor a su escondrijo y encerró el maletín dentro del armario.

Se tendió sobre la cama prendiendo un cigarrillo. Una decisión muy arriesgada, pero ¿qué otra mejor?

Si Weizsacker estaba al corriente de la muerte del verdadero IS-

Enlace, podía contar con el más absoluto fracaso y con escasas posibilidades de salvar su pellejo.

No le cabía duda alguna de que Coordinador era el agente extranjero que dirigía la red que habíase infiltrado en *Operación Kasbah*.

Y tampoco le quedaban dudas con respecto al hecho de que Coordinador y el individuo de rostro enmascarado fuesen una misma persona.

Una máscara inmóvil que miraba de frente.

Mil distintos pensamientos asaltaron su cerebro mientras consumía un pitillo tras otro.

Su nerviosismo crecía por momentos.

¡Hasta que sonó el teléfono!

Brincó de la cama, precipitándose sobre el auricular.

—Habla McCasland.

—Frankie, soy Mavis. He seguido a Weizsacker hasta el 35 de la rue de la Plage. Ha entrado en un tugurio que se conoce por Cafetín de Sidi Mandri. Varias veces he mirado hacia el interior y no hay rastro del alemán.

—Lo suponía. Eres inestimable, Mavis.

—¡Frankie! Recuerda tu promesa.

—Haré lo posible por cumplirla. Te llamaré cuando salga de allí.

¿De acuerdo?

—Suerte, Frankie. Colgaron al unísono.

CAPÍTULO VI

Las últimas palabras de Weizsacker resonaban una y otra vez en su pensamiento. «¿Debo avisar a Copia 1 y Copia 3?».

Joáo Gonçalves y Leoforos Gheorghiou. ¿Quién si no?

¡Tres traidores!

¿Y Sólo ahora? ¿Qué representaba ella, apareciendo y desapareciendo como el fuego fatuo, en aquel rompecabezas descomunal?

Era inútil formularse más preguntas. Rue de la Plage, 35.

Cafetín de Sidi Mandri.

Traspuso la puerta decididamente, saludado por un campanileo musical.

Uno más de aquellos antros típicos en Tánger, que al estilo moruno añadían las peculiaridades de cualquier taberna europea.

A la derecha, sobre un entarimado de madera cubierto por esteras de junco y cáñamo, permanecían sentados un grupo de marroquíes en torno a una humeante tetera y frente a varios vasos estrechos y alargados.

Jugaban a cartas, manteniendo los naipes en sus manos, doblados al revés, y dejándolos caer con rostro inexpresivo encima de la estera.

Cubrían sus cabezas con turbantes o *tarbuchs*, indistintamente, y fumaban todos de una larga pipa común que corría de boca en boca.

Una pipa de adelfa que consumía «kiffi» y otras hierbas picadas.

En la izquierda veíanse varias mesas redondas con superficie de mármol y patas metálicas. Descansaban éstas contra el suelo, medio metro por debajo del entarimado.

Allí tomaban asiento los turistas para embobarse contemplando

a los nativos mientras sorbían una «Coca-Cola».

Al fondo un mostrador en forma de media luna sobre el que habían manojos de azahar y yerbabuena que, a intervalos, eran introducidos en el fondo de una especie de campana en continuo estado de ebullición.

De ella salía una columna de humo y vaporcillo agradable que prestaba al ambiente un olor místico y profundo.

A la izquierda del mostrador un arco dejaba acceso a lo que podía llamarse trastienda.

Frankie McCasland caminó decidido, tras comprobar que nadie reparaba en él. Vacío el mostrador puesto que el camarero estaba renovando la tetera de los impertérritos jugadores, le resultó fácil cruzar el arco y encontrarse en un patio de blancas paredes en el que florecían algunos naranjos.

Salvado el patio, aparecía un edificio del más puro estilo árabe y al que los marroquíes denominaban Morabito.

Lugar semisagrado que se empleaba para citas religiosas o reuniones clandestinas.

001 observó la entrada del Morabito.

El hecho de no haber un solo par de babuchas frente a ella significaba que el interior estaba desierto.

O que los europeos no querían respetar las tradiciones. Entró, pisando sobre la puntera de sus silenciosos zapatos.

Una sucesión de columnas que parecían mantener el abovedado techo, formado éste por arcos de piedras multicolores que componían complicados prismas de abigarrado colorido, prestaban al lugar similitud con un laberinto.

¿Y si estaba equivocado?

Cabía pensar que Weizsacker se hubiese percatado de que era seguido y su entrada en el cafetín no tuviera más objeto que despistar al perseguidor.

Todo eran posibilidades.

Siguió avanzando. Rodeando y salvando columnas que parecían no tener fin.

Bruscamente, cedió el suelo bajo sus pies.

Cayó vertical, sintiendo un vacío enorme en el estómago.

El piso que detuvo su veloz descenso era, sin duda, de espuma.

Ya que rebotó sobre él sin apenas notarlo, viéndose lanzado por una poderosa corriente de aire helado hacia el extremo superior de un satinado tobogán.

Sintióse agitado como un pelele. Dio espectaculares volteretas y acabó patinando, de boca, por un suave encerado.

—Ésta es la última, 001 —tuvo ánimos de bromear para sí.

Antes de que consiguiera incorporarse, se sintió atrapado por manos poderosas y pudo darse cuenta de que lo esposaban de pies y manos.

Ni los trucos iban a salvarle.

—Fuiste advertido, McCasland —dijo entonces una voz metálica. Alzó la cabeza, mirando a su alrededor.

La nave era inmensa. Geométricamente rectangular, pero visualmente interminable.

La apretada sucesión de luces y controles convertían la pared de la izquierda en un incomprensible jeroglífico.

En la que estaba a su derecha, veíanse una hilera de pantallas parecidas a las de Rayos X, pero de tamaño superior.

Al fondo —entiéndase fondo que la vista alcanzaba con claridad perfecta—, una silueta oscura caminaba hacia McCasland.

Un cuerpo enfundado en un dominó negro, muy ancho, que se ceñía a la máscara de goma y caía por todo el cuerpo ocultando hasta el calzado.

Un espectro. Una aparición poco acorde con aquella obra ultramoderna de la que parecía ser creadora.

Se detuvo a cinco yardas de él.

—Supongo que harás de mí un simpático muñeco, ¿no? —habló 001 en tono despectivo.

—Podría seccionarte la yugular.

—¿Como a Drayton?

—Como a él, sí.

Hubo un corto lapso de silencio. Seguidamente, dijo la voz metálica:

—No obstante, procuraré ser más cortés contigo, 001. McCasland soltó una carcajada burlona.

—Me siento muy honrado.

—Quiero que conozcas a unos caballeros.

—De no estar esposado —se mofó Frankie—, diría que he

acudido a una recepción. ¿Me perdonarán esos caballeros que no estreche sus manos?

—Son muy comprensivos.

Tres hombres que venían caminando desde el otro extremo, se situaron a la izquierda del enmascarado observando a McCasland.

—De derecha a izquierda, 001 —presentó aquél—. João Gonçalves, Horst Weizsacker y Leoforos Gheorghiou —y agregó intencionadamente—. Como tú ya sabes: «Copia 1», «Copia 2», «Copia 3».

—Correcto... Coordinador.

—Has averiguado mucho en poco tiempo, McCasland. Siempre dije que eras mucho más peligroso que 005.

Frankie no dejaba de escrutar ni un solo instante al de la máscara.

También ahora estaba de frente sin apenas moverse al hablar.

Además, era manifiesto el hecho de que desfiguraba el auténtico matiz de su voz por medio de algún aparato que llevaba en la boca, o a través de un oculto micrófono que sujetara por dentro de la máscara contra sus labios.

—Antes de que tu cuerpo se convierta en un iceberg, quiero que sepas algunas cosas, 001.

—Sé muchas, mi amigo. ¿Quieres que te cuente y verás hasta dónde llega mi sagacidad?

—Será un placer escucharte.

A Frankie McCasland le convenía ganar todo el tiempo posible, cifrando en ello una débil y remota esperanza de salvación.

Muy remota, ya que empezaba a tener la certeza de que no saldría vivo de allí.

—Cuando Paul Drayton —empezó 001 con una sonrisa—, ex miembro del

C. I. A.,

fue enviado a Tánger en calidad de agregado militar de la Embajada americana, alguien que debía conocerlo bien supuso acertadamente que no era ese cargo el que realmente venía a desempeñar. Se sospechó algo importante, algo secreto. Y para saberlo, nada mejor que convertir a Drayton en un conejillo de Indias. ¿Voy bien?

—Perfectamente. Nos sorprende.

—La droga de la «verdad» —prosiguió McCasland— obra unos

efectos maravillosos. Hace que un hombre responda a todas aquellas preguntas a las que no respondería en estado consciente, aunque un maestro chino se dispusiera a experimentar en él su más depurado repertorio de torturas. Luego, el empleo de otras drogas, *Narcomenol* por ejemplo, consigue vaciar el cerebro y sumirlo en un estado temporal de amnesia, en cuyo transcurso puede conseguirse que el drogado actúe contra su voluntad y asesine... incluso a un amigo y compañero. ¿005 por ejemplo?

Rió huecamente el enmascarado.

—¡Fascinante! Eres un auténtico genio, 001.

—Paul Drayton, acribillado por las drogas, te dio toda la información que necesitabas. La supersecreta «Operación Kasbah», pasó a ser un juego en tus manos y en la de los interesados que sirves. Aprovechar nuestra idea para instalar una base de lanzamiento de proyectiles dirigidos que protegiera la que se está instalando en Egipto, era un programa fabuloso, ¿no? Para ello, había que actuar con sagacidad.

»Era necesario, en primer lugar, disponer de tres individuos que físicamente tuvieran un parecido con los investigadores que construían el proyecto. Uno tenía que hablar brasileño, otro griego, el tercero alemán. Pero eso, para un sistema de espionaje tan bien organizado como el vuestro, no era problema. Se encontraron los hombres, fueron adiestrados convenientemente, y sometidos por último a unas intervenciones de cirugía plástica para alcanzar un parecido físico totalmente exacto. Luego, se les introdujo en los países donde trabajaban nuestros investigadores, para que los observaran y se familiarizasen con sus más íntimas peculiaridades.

»Luego, no hubo más que esperar el día y la hora en que aquéllos debían salir hacia Tánger, para asesinarlos y sustituirlos por “Copia 1”, “Copia 2” y “Copia 3”. Estoy o no bien informado, ¿eh? —terminó McCasland con irónica sonrisa.

—Desde luego —asintió el del dominó negro—. Pero deberás permitirme que complete tu información.

—Será un placer morir impuesto del por qué me meten en un frigorífico.

Hubo una pausa.

—Todo se desarrolló conforme a nuestros proyectos hasta el momento en que un tipo llamado Igor Krochenko, jefe del servicio

de espionaje soviético en Berlín, decidió vender sus servicios a los americanos. Llegó a Tánger poco antes que los investigadores, nuestros investigadores, y se puso en contacto con vuestro agente Donald Farrell,

IS-005,

que tenía como misión específica proteger el proyecto contra las infiltraciones extranjeras.

»Oímos su conversación telefónica con 005, ya que nos habíamos tomado la molestia de intervenir la línea de éste, lo que nos hizo comprender que sólo existía un medio de eliminar aquel imprevisto peligro.

—Enviar al «drogado» Drayton —interrumpió MacCasland— para que asesinara a ambos. Pero como 005 había tenido tiempo de comunicar con Washington...

—Cosa que nosotros ya suponíamos —cortó a su vez el otro—, pensamos también que Washington enviaría a su mejor hombre y nos preparamos para recibirle. Se hizo necesario eliminar a los inquilinos de Sidi Jali, 38 ya que éstos, a quienes Krochenko había pagado para que le dejasen entrevistarse allí con 005, guiados por esa innata curiosidad humana, habían presenciado todo lo ocurrido. El hecho de que 001 se interesase por ellos nada más pisar Tánger, era demasiado significativo.

—¿Y Drayton? —inquirió 001.

—Una pena..., una verdadera pena que Hassan Naguib mandara a sus peores chapuceros. Era inevitable, Paul Drayton tenía que morir. Tú hubieras acabado por enviarlo a un examen médico..., ¿comprendes? Aunque al fin y al cabo, igual lo has descubierto por las señales que mostraban las venas de sus brazos.

Se hizo un impresionante silencio.

—Como comprenderás —anunció la voz metálica, truncándolo—, el fabuloso proyecto de mister Alexis H. Drake se llevará a la práctica. Pero no se utilizará para vuestros fines. ¿Qué argumentos puede esgrimir Estados Unidos ante el Gobierno de Marruecos?

—Hay una fábrica de automóviles de por medio.

—Que será construida por la empresa alemana que solicitó los permisos, y que además, ha enviado a Tánger una serie de representantes plenipotenciarios con toda clase de documentos y escritos... auténticos...

¿Vas comprendiendo, 001?

—¿He de felicitarte?

—No es necesario.

—¿Puedo tener otro privilegio antes de ser congelado?

—¿Cuál?

—Quiero ver tu rostro.

Sonó otra de aquellas carcajadas huecas. Fría e inhumana.

—Pides demasiado, McCasland —respondió la voz metálica—. Taparse la cara con un trapo es un procedimiento viejo, arcaico, tan gastado como el mundo; sin embargo, es práctico. Encaja perfectamente en los modernos medios como uno más de seguridad. De veras lo siento, 001.

—Imaginaré quién eres y me diré que estoy en lo cierto.

El enmascarado gritó unas órdenes y aparecieron los individuos que antes esposaran a McCasland.

Un tipo que hasta entonces se había ocultado en la oscuridad, enfundado en una bata blanca, se acercó al frontispicio de la izquierda empezando a sintonizar varios controles. Brillaron luces de distintos colores.

Segundos después, la pared que Frankie tenía a su espalda, se partió en dos como si le hubiesen practicado un enorme tajo vertical.

Se desprendió la mitad del tabique, a manera de compuerta, cediendo hacia adelante.

En el hueco que se había abierto aparecían, geométricamente alineadas, cuatro cubetas metálicas con espacio sobrado para albergar un cuerpo humano.

001, arrastrado materialmente por sus captores, fue conducido a la pared e introducido en una de las cubetas.

Una correa de cuero le ciñó el cuello. Otras hicieron lo propio con muñecas y tobillos.

Quedó en posición vertical pegado al fondo de la cubeta.

—Dentro de unos instantes —anunció morbosamente el de la máscara—, empezarás a sentir frío. Será soportable al principio. Pero la intensidad de las corrientes heladas aumentará paulatinamente hasta alcanzar una temperatura de 270° bajo cero.

Y tras una breve pausa, gritó:

—¡Mis saludos a Satanás, 001!

Una densa oscuridad invadió la amplísima nave.

Frankie McCasland, aun forzando la vista, no consiguió distinguir a nadie.

El silencio le convenció de que estaba solo.

Una especie de chispazo, que terminó en descarga eléctrica, se filtró por la columna vertebral de

IS-001.

Y de inmediato, una ola de aire helado sacudió todo su cuerpo.

Había oído hablar de algunas personas que morían heladas, que morían de frío.

—Ha de ser horrible —se dijo entonces. Y pensaba ahora:

«¡Es horrible!». Lo era. Lo sería.

Frankie McCasland pensó en Alexis H. Drake. Ni siquiera podría comunicar con él para hablarle de su fracaso.

—¿Y qué? No tardaría demasiado en saberlo.

¡Si consiguiera accionar el anillo...!

Movió su mano con toda la fuerza que la correa y el estrecho espacio le permitían, tratando de golpear el resorte contra el cuero o la pared de la cubeta.

Se agotó sin conseguir nada positivo.

Inútil ya cualquier esfuerzo. Estaba condenado a esperar la muerte, a verla llegar minuto a minuto, sin poder hacer nada para impedirlo.

—¿Cuántas horas tardaría?

* * *

¿Cuántas horas habían transcurrido?

Puede que una, quizá dos, era posible que tres.

En la nuca y en el filo de las orejas empezaba a sentir un incómodo cosquilleo.

La misma sensación que si le rozara continuamente el filo de un agudo estilete.

De repente, sonó un chasquido.

Frankie McCasland, instintivamente, echó el cuello hacia adelante con riesgo de estrangularse. Recostó de nuevo la cabeza respirando fatigosamente.

¿Qué sucedía en la nave?

Otro ruido. Un tercero... ¡Y voces!

Brilló una luz. Una luz que provenía del techo. De un hueco que habíase abierto en éste.

001 empezó a comprender. Una inyección de esperanza se filtraba ahora por sus venas.

No era lógico que el de la máscara y sus secuaces hicieran agujeros en el techo para entrar en la nave.

¿Entonces...? Sólo un significado podía tener aquello. Ahora, con perfecta claridad, escuchó:

—¡Salta, Duguar!

Y acto seguido, el estrépito de un cuerpo al chocar contra el suelo.

—¡Tú, Soleimán!

Otro choque, otro cuerpo, ¡más esperanza!

—Voy a saltar sobre ti, Duguar.

Frankie McCasland creyó que su corazón galopad y no latía, en el interior de su pecho.

¡La voz..., aquella voz!

¡Había reconocido la voz!

¡Era ella..., era Sóhora!

—Duguar, la linterna.

Un haz luminoso recorrió las paredes y se detuvo, segundos después, sobre la figura sujeta contra el fondo de la cubeta metálica.

—¡Frankie...! ¿Me oyes?

Trató de mover la cabeza. Un terrible aguijonazo le sacudió la nuca.

—Sí..., te oigo. ¿Cómo has conseguido...?

—¡Dejemos eso ahora! —cortó Sóhora en tono imperioso—. Lo importante es sacarte de aquí antes de que nos descubran. ¡Duguar, Soleimán!

Los eunucos, aquella pareja de enormes serpientes aletargadas —así lo pensaba McCasland en su habitación del «Pasadena»—, movíanse ahora con la agilidad de auténticos felinos.

Se acercaron a Frankie. Manipularon las correas en todo el cuidado que les fue posible para no dañarle.

Pese a ello, McCasland se mordió los labios en un par de ocasiones.

—¿Podrás andar? —preguntó Sóhora.

—Creo que podré.

No bien lo hubo dicho, no bien hubo puesto un pie fuera del helado armario, cuando se doblaron sus rodillas y cayó al suelo desvanecido.

—Con cuidado, Dugar —dijo una voz. Se oyeron unas palabras en marroquí.

Luego, un profundo silencio invadió la extensa *nave*.

CAPÍTULO VII

Brincó del jergón en que se hallaba tendido llevándose ambas manos a la cabeza.

Miró a su alrededor con ojos estrábicos.

—¿Dónde estoy?

—Ves mi rostro —dijo una voz.

Era hermoso el rostro. Un hermoso óvalo que daba albergue a un par de ojos diamantinos.

—Gracias, Sóhora.

—No debes dármelas.

—¿Cómo llegaste tan providencialmente? Sonrió su boca agradable.

—Soleimán te seguía. Te vio entrar en el cafetín. Luego me avisó y, en vista de que tardabas mucho en regresar, hablamos con Sidi Mandri. Es un hombre viejo pero muy listo. Sabe, entre otras cosas, que el acero tiene una propiedad cortante de extraordinaria efectividad..., máxime si lo maneja una mano experta como la de Duguar.

Los dos gigantones permanecían con las espaldas recostadas contra la pared. Y, cosa extraña, sonreían.

—La nave en que te habían encerrado —prosiguió Sóhora— ocupaba, ocupa mejor dicho, una extensión equivalente a la de toda la Kasbah.

—El sótano de la Kasbah, ¿no?

—Exacto. El lugar en donde se disponen a instalar los controles autónomos que servirán para la transformación de la factoría de automóviles en rampa de lanzamiento de proyectiles dirigidos.

La muchacha hizo una breve pausa. Y antes de que Frankie pudiese preguntar, ya que ésa era su intención, prosiguió:

—Entrar en la nave resultaba prácticamente imposible. Las puertas, herméticas, obedecen a un juego de células fotoeléctricas; y además, están custodiadas por hombres armados. Sidi Mandri, atendiendo a los ruegos amables de Duguar, nos facilitó el sistema de entrada. Ha sido necesario taladrar el suelo del Morabito...; pero Mulana^[8] sabrá perdonarnos.

Frankie, sentado sobre una estera, miraba fijamente a la hermosa marroquí.

—Sóhora... —musitó—, ¿puedo saber para quién trabajas?

—Para nadie.

—¿Entonces?

—Mi padre —habló ella acto seguido— fue uno de los colaboradores de Sidi Hadla El Fassis cuando éste, en marzo de 1953, creó el Istiqlia para luchar por la independencia de Marruecos y por el retorno de Su Majestad Mohamed V quien, como consecuencia de su disconformidad con las normas dictadas por Francia en el Protectorado, fue enviado al exilio.

»Cuando en 1956, Mohamed V regresó a Marruecos y se proclamó nuestra independencia, el Istiqlia pasó a ser un partido político. Mi padre, poco amigo de esas especulaciones, se separó de El Fassis. Consideró que con el regreso de Su Majestad la misión estaba cumplida. No obstante, comprendiendo que ahora más que nunca sería necesario velar por los intereses de nuestro país y defenderlo de las intrigas extranjeras, creó una nueva organización formada, exclusivamente, por miembros de nuestra familia. Algo así como un servicio de contraespionaje de carácter privado que no dependía de ningún otro organismo oficial y operaba a su albedrío según se produjeran las circunstancias. Con el paso de los años —siguió Sóhora tras una breve pausa—, nuestra red se ha ido modernizando hasta alcanzar los límites de la perfección. Poseemos contactos en las cinco partes del mundo. Puedo decirte, sin jactancia, que operamos mejor que muchas organizaciones que cuentan con toda clase de medios y modernos ingenios; que disponen de un potencial económico un millón de veces superior al nuestro.

—Yo... he podido comprobar cómo trabajáis —la interrumpió Frankie con una sonrisa de agradecimiento.

—Tengo algo que decirte —anunció ella de repente. 001 alzó las

cejas en muda interrogación.

—Conozco a la persona...

—... que dirige la red infiltrada en la *Operación Kasbah*, ¿no? — completó McCasland sin abandonar su sonrisa. Y agregó—: Yo también conozco su identidad.

Por primera vez, fue Sóhora Ben Abselam quien se sorprendió.

—¿Cómo...?

—Pura lógica. Simple intuición. ¿Quieres ayudarme a terminar?

—Sí.

—¿Qué hay de la autopsia de Paul Drayton?

—Varias drogas. Están tratando de aislarlas para definir su naturaleza.

Una, el *Narcomenol*, se acusa sobre las otras.

—Lo suponía, por no decir que estaba seguro. No hace falta que sigan trabajando. Necesito el cadáver.

—¿El cadáver? ¿Para qué?

—Escúchame con atención.

Sóhora le escuchó silenciosamente por espacio de varios minutos.

—De acuerdo —asintió cuando él hubo terminado—. Los investigadores..., ¿te hacen falta vivos?

—Desde luego.

Acto seguido, ante el asombro de Sóhora y la estupefacción de Soleimán y Dugar, Frankie McCasland hizo funcionar su anillo.

Y a través del micro transmisor receptor de largo alcance, IS-001

se puso al habla con

IS-000.

—Es asombroso —admitió Sóhora.

—¿Puedes tú... asombrarte de algo?

La muchacha no respondió. Giró la cabeza hacia los dos gigantes dándoles unas órdenes en marroquí.

—El fin de tu misión se acerca, 001. Y el éxito...

—Nuestro éxito.

Soleimán y Dugar habían salido.

—¿Vas a besarme?

—Lo estoy deseando...

—Lo estamos deseando.

Se unieron sus labios en muda caricia.

CAPÍTULO VIII

¡Aaaaaaaaah!

El grito había sido espeluznante. Desgarrador.

Como si las cuerdas vocales de su garganta se hubieran tensado como arcos antes de soltar el alarido.

¡Aaaaaaaaah! Infrahumano. Enervante.

—¿Ocurre algo, muñeca? —preguntó una voz.

La mujer saltó hacia un lado, tapándose el rostro con ambas manos. Apartando de su enfoque visual la horrorosa visión.

La cabeza, pendiente del tronco por débiles tejidos, oscilaba siniestramente por fuera de la cama.

La mujer seguía cubriéndose la cara.

Pareció volver a la realidad, con lentitud de reflejos, cuando la frase que creía no haber oído repiqueteó como un timbre en su cerebro.

—¿Ocurre algo, muñeca?

Apartó la mano derecha. Miró hacia la puerta.

—¿No me ves..., no me conoces? Temblaba de pies a cabeza.

—Mira..., mira eso, Frankie.

—Lo estoy mirando. Es el cadáver de Paul Drayton. *Tú lo hiciste asesinar, Mavis Beymer*. ¿No te sorprende mi presencia también? ¿No te preguntas cómo he logrado salir del frigorífico?

—¡Estás loco, Frankie! ¿Qué estupideces dices? 001 sonrió fríamente.

—El juego ha terminado, Mavis.

Saliendo de su incertidumbre inicial, de su sorpresa, Mavis Beymer metió una mano en el escote y la sacó empuñando una automática.

Encañonó a Frankie McCasland, le miró con torcida sonrisa, se

contrajeron sus músculos faciales hasta convertir su rostro en una mueca llena de sadismo.

—¡No escaparás ahora, Frankie! ¡Te mataré! ¡Te odio por muchas cosas, y pagarás de una vez por todas!

—Me hizo sospechar la inmovilidad de tu cabeza cuando hablabas tras la máscara —anunció McCasland como si no la oyera—. Temías que el pelo recogido en la nuca delatara tu condición de mujer, ¿no? Además, ¿quién si no tú podía saber tantas cosas respecto a Drayton? ¿Quién mejor que un miembro del

C. I. A.,

al que Paul había pertenecido? Me das pena, Mavis. Ni siquiera asco. Incluso, te perdono por haber querido asesinarme. Pero tu traición, tu entrega a nuestro más directo enemigo... es un delito, en nosotros, execrable. Puedes matarme si quieres, los de Washington ya están al corriente de todo.

Frankie había terminado de hablar cuando los cristales de la ventana que se abría en la pared de la izquierda saltaron hecho añicos.

Como un bólido cruzó por aquélla el cuerpo de Soleimán.

Mavis, torció la cabeza. Y Frankie, saltó sobre ella ágilmente desarmándola de un manotazo.

Se abrió entonces la puerta.

Y aparecieron en escena, maniatados, João Gonçalves, Horst Weizsacker y Leoforos Gheorghiou.

«Copia 1», «Copia 2» y «Copia 3».

Tras ellos, entraron Duguar y Sóhora. La muchacha sostenía en sus manos tres portafolios negros.

Los planos de la *Operación Kasbah*.

Frankie McCasland,

IS-001,

sonrió a los tres falsos investigadores. Les dijo:

—Me honro en presentarles a su agente... «Coordinador». ¿No se sorprenden? Una mujer, americana, y miembro del

C. I. A.

¿Qué más puede pedirse?

Mavis Beymer miró a McCasland con ojos de fiera acorralada. Había en su expresión, temor, odio, rabia y honda desesperación.

Se lanzó hacia la ventana balbuciendo palabras entrecortadas.

—¡Quieta! —rezongó el gigante.

—Dos agentes del

C. I. A.

llegarán esta noche a Tánger, Mavis. Ellos te conducirán a Washington con esos tres —señaló a sus compinches—. Excuso decirte que serás juzgada por un delito de Alta Traición, y condenada a consumir tu ruin existencia en la cámara de gas. Aquel de nosotros que se convierta en lo que tú... después de saber lo dura que es la lucha para mantener la paz, no ignorando las vidas que se sacrifican anónimamente en pro de una causa justa... es despreciable, ruin y retorcido. Eso eres tú, Mavis Beymer, un ser retorcido.

Ella, escupió a sus pies con los ojos inyectados en sangre.

—¡Quisiera verte muerto, Frankie McCasland...! ¡¡Muerto!!

Gritaba y jadeaba, como una loca. Igual que una histérica.

—¡¡Muerto, te quiero ver muerto!!

—Yo... —habló él en tono triste—, no quiero enterarme ni del día que serás sentenciada. Para mí ya no existes..., ¡traidora!

Se volvió a Sóhora:

—¡Que se los lleven!

* * *

A las 23:45 de aquella noche, un reactor destacado especialmente por las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos para cumplir una misión de traslado, cobró altura en el cielo de Tánger camino de Washington.

La suerte de cuatro viajeros estaba echada. Nada podía librarles, ellos lo sabían, de una sentencia inflexible.

De una sentencia de muerte.

* * *

Dos días después, a las 11:07 de la mañana, los altavoces del aeropuerto de Tánger reclamaban con insistencia a los pasajeros del vuelo 0917.

Uno de ellos contemplaba nostálgicamente el reflejo suave de

unos ojos verdes como esmeraldas:

Decía:

—Sóhora..., volveré. ¡Te juro que volveré a buscarte! Sonrió ella con tristeza.

—El velo ya ha caído, Frankie. Has cerrado la última página de *Las Mil y Una Noches*. ¿No me ves ahora como una mujer normal?

—Eres doblemente hermosa, doblemente enigmática..., diferente de todas, distinta..., única, y yo te quiero. ¡Te quiero, Sóhora! Y volveré para llevarte *conmigo*.

—Olvidarás, Frankie, olvidarás —musitó ella suavemente—. Aunque quisieras, aunque lo desearas, no podrías volver. Ésa es tu vida, ir de un lugar a otro, conocer mujeres hermosas, enigmáticas, exóticas... recuerdos que han de morir un día u otro para dejar paso a nuevos...

Posó un dedo sobre los labios de ella.

—¡Calla! Tú vivirás siempre en mi memoria, te amaré mientras...

—Tú no puedes amar..., 001. Los hombres que viven en tu mundo no son dueños de su amor, ni de su persona...

—Pero tienen un corazón que siente, ¡que ama, Sóhora! Los altavoces, rutinariamente, repitieron:

«Se ruega a los pasajeros del vuelo 0917...».

—Volveré —repitió Frankie McCasland, tomando entre sus manos el bello rostro de ella—. Vendré a buscarte.

—¡Bésame, Frankie! —suplicó la mujer con tenue voz—. Éste será el último y mejor recuerdo que pueda guardar de ti.

Un beso.

—*Salam*, Frankie.

—*Salam*, Sóhora.

Con un pie en la escalerilla, Frankie McCasland volvió la cabeza agitando una mano en el aire.

Allá, a lo lejos, otra mano se alzó en mudo adiós.

Salvó los peldaños luchando contra aquel sentimiento que le impulsaba a volver hacia atrás, a correr hacia ella y estrecharla entre sus brazos...

Una pregunta flotó en su pensamiento:

—¿No somos dueños de nuestro amor?

IS-001

no respondió a la pregunta.

Pegó sus labios a la ventanilla. Los movió encima del cristal, musitando:

—¡*Salam*, Sóhora! Era un adiós.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie FBI, con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: *Al correr del tiempo...*, *Generaciones Castradas*, *Historia Política de Cataluña 1880-1936*,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] **Traidor.** < <

[2] Impossible. < <

[3] Dos: Department Of State. < <

[4] ¡No, no! < <

[5] ¡No querernos extranjeros! < <

[6] ¡Basta! < <

[7] Muchacha. < <

[8] Dios. < <